

Cuando revisamos la historia de la izquierda en el mundo, encontramos de manera descarnada los grandes logros alcanzados por las luchas sociales, pero también la lucha intestina que diferentes fuerzas sostienen de forma empeñada por mantener el control del movimiento.

Lo grave es que en la lucha por alcanzar ese control se utilizan los medios más insensatos y deshonestos al grado de llegar a acabar con la vida de compañeros de lucha.

La hegemonía (entendida como el control de una posición sobre otra no importando los métodos y las tácticas que se tengan que desarrollar para arribar a la condición de devenir "hegemónico") es la piedra angular sobre la que se levanta el gran atraso del movimiento de izquierda no sólo a nivel nacional, sino también internacional...

El hecho de que todas las organizaciones de izquierda pretenden ser "la vanguardia" implica que uno de los objetivos fundamentales de estas organizaciones es alcanzar la hegemonía, ese control que permite hacer avanzar a una organización o a una corriente ya sea en relación con el crecimiento de sus adeptos (militantes) o con la adquisición de espacios políticos, sin importar que los fines perseguidos provoquen, en la mayoría de las ocasiones, el retraso del movimiento en su conjunto. Al sostener que "el fin justifica los medios", se puede aplicar cualquier táctica aun en contra de los propios principios de una organización o corriente, llegando al grado de que se señale a los contrincantes políticos para que sean reprimidos, encarcelados o asesinados por los cuerpos represivos del Estado.

Por desgracia, esta ha sido la tónica de la izquierda internacional que se ha reproducido en nuestro país costándole a la oposición una atomización profunda y, lo más grave, la vida misma de diversos luchadores sociales.

Esta discusión que tiene una importancia nodal en la actualidad, detentó el mismo telón de fondo en la histórica disputa entre Bakunin y Marx...

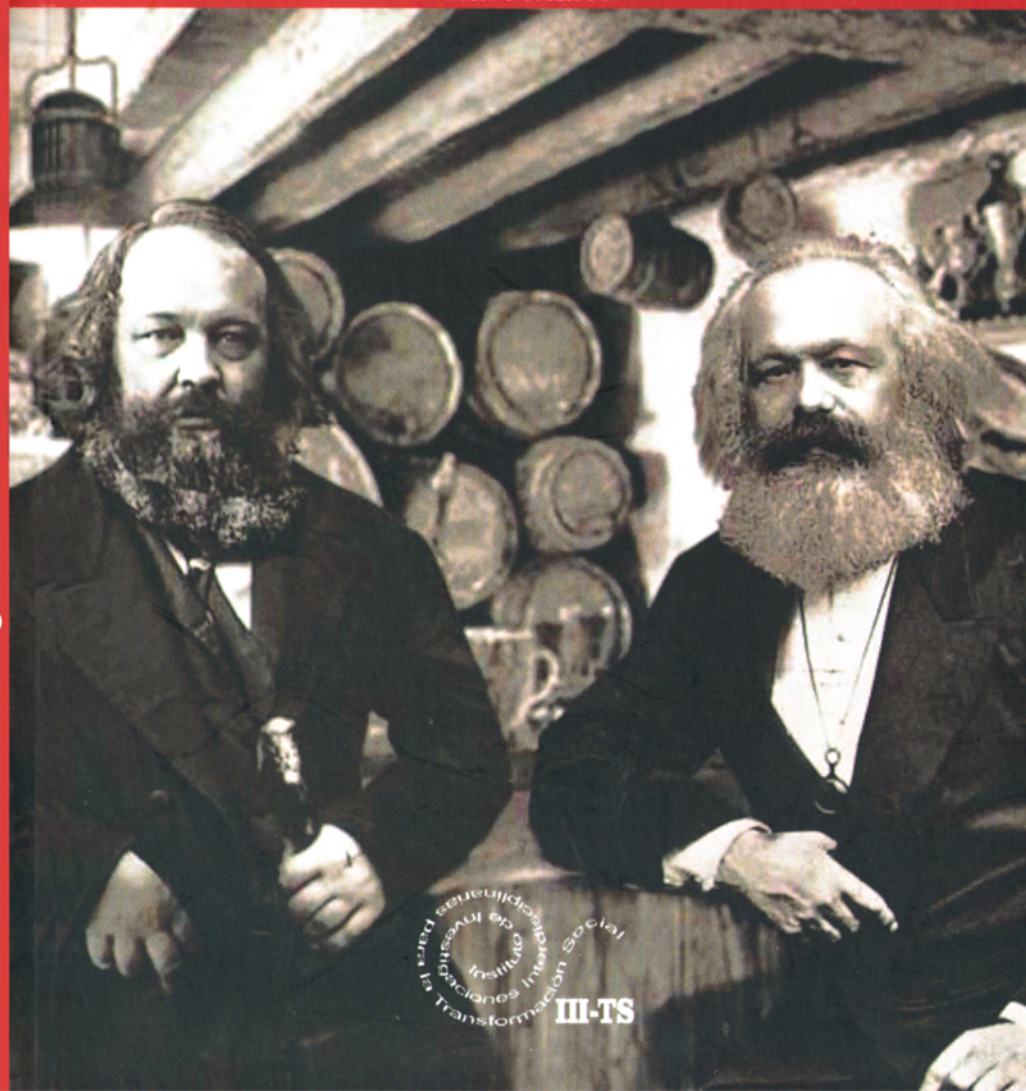
La presente publicación tiene la intención de demostrar que las diferencias entre Marx y Bakunin no se restringieron solo al ámbito personal, sino que fundamentalmente tuvieron como motivo de fondo el control político de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT). Asimismo, intenta expresar los encuentros y desencuentros teóricos de estas dos importantes posiciones presentes al seno del movimiento proletario internacional.

# Glosas marginales

sobre la obra de Bakunin

## *El estatismo y la anarquía*

Karl Marx



Glosas marginales sobre la obra de Bakunin, El estatismo y la anarquía

III-TS  
Instituto de Investigaciones Sociales  
para la Transformación Social

GLOSAS MARGINALES  
SOBRE LA OBRA DE  
BAKUNIN

*EL ESTATISMO Y LA ANARQUÍA*

KARL MARX

GLOSAS MARGINALES  
SOBRE LA OBRA DE  
BAKUNIN

*EL ESTATISMO Y LA ANARQUÍA*

Instituto de Investigaciones Interdisciplinarias  
para la Transformación Social



MÉXICO, 2013

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	IX
PRÓLOGO A LAS GLOSAS MARGINALES.....	XIII
<b>ALFREDO VELARDE</b>	
■ ■ ■	
Marx sobre Bakunin: un texto negligido.....	1
<b>HENRY MAYER</b>	
Glosas marginales sobre la obra de Bakunin.....	21
<b>KARL MARX</b>	
Acotaciones al libro de Bakunin.....	33
<b>KARL MARX</b>	
Nueva incursión contemporánea en la controversia política entre Karl Marx y Mijaíl Bakunin.....	37
<b>ALFREDO VELARDE</b>	
Hacia un nuevo redimensionamiento de la discusión entre Marx y Bakunin.....	57
<b>VICENTE CAMPOS</b>	

Primera edición: 2013

Copyright © 2013

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS  
PARA LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Queda hecho el depósito que marca la ley

Esta obra es una producción con propósitos  
de divulgación cultural al servicio de quienes  
lo requieran. Se permite la reproducción total  
o parcial sin fines de lucro siempre que se cite  
la fuente.

Diseño de Portada: Ana Laura Gómez Díaz

Impreso en México / *Printed in Mexico*

## PRESENTACIÓN

Un nuevo encuentro de amigos cuyos lazos de afinidad se forjaron en la honesta militancia contestataria de la juvenil fuerza de la razón de izquierda revolucionaria en que durante un pasado ya ido convergimos, y que se han soportado, durante décadas, en la compartida consecuencia e identidad común de propósitos a favor de un cambio verdadero, de fondo y sin dobleces para lo social, cuyos afanes no pueden ni deben ser otros que la conquista definitiva de las más inequívocas —aunque siempre perfectibles— condiciones de igualdad y justicia verdaderas contra la explotación económica y todas las diversas opresiones sociales padecidas por la especie humana, en su perniciosa articulación perversa, es lo que explica este primer producto editorial que ahora el lector tiene en sus manos.

Se trata de un esfuerzo que sería incomprensible sin la vehemente y acuciosa necesidad que nos anima, en nuestro feliz reencuentro, por romper el silencio y coadyuvar en forma actuante, desde la solidaridad independiente y autónoma, además de con la suma de nuestro modesto afán emancipador, al triunfo amplificado de las legítimas luchas sociales que hoy se libran —amén de las que vendrán—, en los frentes económico, laboral, social, civil y popular, para el civilizador logro ulterior de aquellas condiciones capaces de transformar, integralmente, el ominoso estado de cosas prevaleciente. Nuestro esfuerzo, entonces, se inscribe en la necesidad por redoblar la lucha, organizativa y programática contra una inadmi-

ble situación de vida general resultante de un inviable, decadente e incorregible capitalismo sin remedio que deberá ser superado, históricamente y a como dé lugar, en favor de la tan diferida reconstrucción social alternativa con fundamento en la solidaridad, la propaganda por la acción y el apoyo mutuo para la fraternidad con los de abajo, desde abajo y con ellos mismos, de los que nos consideramos, apenas, una infinitesimalmente pero comprometida y representativa voz actuante más.

Imbuidos de un hartazgo definitivamente creativo, opuestos como lo estamos desde una ética del compromiso alternativo, contra la política sin principios que por igual practican estados y gobiernos, instituciones públicas y privadas, partidos políticos y profesionales de la mentira representativa seudodemocrática que lo ahoga todo, estamos convencidos de la ingente necesidad por apostarle a una forma cualitativamente distinta y superior de comprender la política y la necesidad de la revolución. Y también, en sintonía con una forma diferente de pensar y sentir, de soñar y vivir, de hacer-actuando frente a las cosas y sus problemas, a fin de resolver las graves condiciones existenciales de los trabajadores y la gente, con fundamento en un principio anticapitalista y autogestionario fundamental: tomar en nuestras manos la directa resolución de los problemas que nos atañen e interesan, afectan y competen.

En el México de hoy, la ciudadanía padece maltrecha la pragmática e instrumental utilización de que es objeto, paradigmáticamente, contra sí misma. Y ello ocurre, en muchos casos, desde una inconsciente inmovilidad prescrita por los oficiosos poderes existentes para su envilecimiento, de parte de la demagogia oficial y la sistemática práctica de engaños continuados en beneficio de apenas unos cuantos que conculcan, menoscaban o secuestran, con total impunidad, nuestro elemental dere-

cho a soñar en que un mundo diferente y mejor siempre será posible, a condición de que pongamos manos a la obra. ¡El tiempo apremia, démonos a la tarea!

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS  
PARA LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL,  
mayo de 2013

## PRÓLOGO A LAS GLOSAS MARGINALES

Los motivos capaces de explicar la presente edición de las glosas marxistas al bakuninista *Estatismo y anarquía*, se comprenderán en forma cabal, si se entiende el proceso de búsqueda que la izquierda radical, honesta y comprometida con la profunda y vigente causa de la revolución, vive hoy en todo el mundo a favor de cristalizar la más genuina alternativa emancipadora al explotador e injusto caos desintegrador que todo capitalismo asegura y que, hasta hoy, brilla por su irrealizada ausencia en forma inequívocamente infalible.

En dicho proceso teórico-práctico de indagación y empírica experiencia militante, creemos que encerrarse a leer y releer a los vitales revolucionarios anticapitalistas Marx y Bakunin, en la azarosa historia de sus encuentros y desencuentros, redundará en un ejercicio estimulante y tremendamente formativo que se inscribe, aleccionadoramente, en el camino organizativo y programático concebido para la lucha revolucionaria y orientado por la ruta que conduzca al encuentro con las reales alternativas para la liberación integral de los trabajadores y la sociedad toda. De ahí que someter a examen las posiciones políticas de estos dos contemporáneos decimonónicos que fueron Bakunin y Marx, enfrentados precisamente por la revolución y desde las filas mismas de los revolucionarios de su tiempo, resulta ser, a no dudarlo, una iluminadora labor de esclarecimiento colectivo desde las filas anticapitalistas militantes también en nuestra época.

De manera que con la presente edición de esa auténtica rareza bibliográfica que en nuestro medio son las casi extraviadas *Glosas marginales* de Marx contra el Bakunin de *Estatismo y anarquía*, no se trata de subir al ring de la confrontación —otra vez—, a estos dos titanes de la lucha contra sistémica y anticapitalista. Se trata, antes bien, de otra cosa bastante más significativa: recuperar la memoria de su controversia, habida cuenta de que ella contiene, dentro de sí, pistas y claves esenciales para el fecundo debate contemporáneo y la resolución de sus dilemas organizativos y programáticos, filtrados por el tamiz y las luces de la experiencia histórica acumulada sobre lo que hoy debe hacerse, en el presente de lucha irrenunciable, para no recalar en los mismos extravíos de antaño y que hagan algo posible, tangible y material, a la más plena emancipación social humana. Por eso volvemos a Marx y a Bakunin, en un perenne ejercicio que carece de todo desperdicio. El segundo, más dado a la conspiración y a la acción directa sin mediaciones que a la escritura cuidada y largamente meditada, si se lo compara con Marx, y quien a la vuelta de las luchas, con el paso del tiempo se despojará de su añejo voluntarismo político a fin de rehacerse como un revolucionario pleno, que siempre nos depara en su obra sorpresas filosóficas capaces de rehabilitar en forma trascendente sus a veces ilusas y hasta, en ocasiones, también toscas simplezas espontaneístas.

En cuanto a Bakunin, largo sería enumerar todo su rutilante periplo político revolucionario y existencial. Y dado que no se trata aquí de una biografía que de esas ya hay varias eruditas sobre él, como la de *Sam Dolgoff* que contiene un rico apunte biográfico de *James Guillaume*, nos toca en el presente prólogo, acaso, decir sobre su formación política que sus juveniles lecturas de Fichte,

Schelling y Hegel muy pronto se vieron entremezcladas con las diversas “teorías democráticas” (término éste que entonces todavía hacía referencia a los revolucionarios), así como con las doctrinas socialistas y comunistas, una síntesis diversa y con la cual su indomable espíritu rebelde se viera nutrido, en proporciones equivalentes, de individualismo, idealismo, metafísica, moral, ética dialéctica, materialismo y colectivismo. Al respecto, tras esa ruta formativa, el propio Bakunin terminará reconociendo sobre sí mismo: “*Entonces abandoné la filosofía y me precipité en lo político*”.

Por lo demás, aparte de ciertas proclamas de circunstancia imbuidas de un temprano y temporal *paneslavismo* que lo dieron a conocer, su primer trabajo importante para la comprensión del decurso de su desarrollo revolucionario es la polémica *Confesión* que redactaría bajo condiciones excepcionales en 1851, cuando compurgaba una cadena perpetua por su resuelta participación en las revoluciones europeas de 1848 y 1849, además de conspirar contra el zar. Ese trabajo raro para su trayectoria postrera, además de aderezada con fragmentos de su biografía aventurera preanarquista, constituye un retrato de las complejas condiciones políticas y sociales de aquellos años tempestuosos y pletóricos de tribus revolucionarias y que habrían de sacudir los últimos rescoldos de la vieja Europa absolutista en que vivieron los contemporáneos rebeldes Bakunin y Marx.

A diferencia de otros, Bakunin estaba lejos de embonar con los desorbitados afanes de los “curanderos sociales”, término con el cual Federico Engels, por ejemplo, fustigaba al irredento utopismo seudosocialista y, para quien, resultaban contraproducentes. Bakunin, sin duda, quien no cabía en el descalificador adjetivo engeliano, estaba modelado con otra argamasa mucho más



revulsiva y trascendente. Por entonces, Bakunin despreciaba a bote-pronto la “charlatanería anarquista”, se negaba a pertenecer a “secta socialista alguna”, consideró “degradante” el trato con comunistas y se definió, a sí mismo, como un “demócrata absoluto y desenfrenado”. Sería la prisión, entonces, lo que lo acercaría a las lecturas marxistas que templaran su ánimo y concepciones ulteriores que nunca dejaron de guardar cierta distancia respecto al *corpus* filosófico-político marxiano, como bien se aprecia en *Estatismo y anarquía*, y que fue, por cierto, el origen de las *Glosas marginales* que Marx urdió como apunte de circunstancia y respuesta contra Bakunin. Tras su rocambolesca fuga novelable, Bakunin fue primero socialista revolucionario, comunista libertario después, y, al final, un convencido e influyente anarco-colectivista hasta el fin de sus días. En forma indubitable, la revolución de febrero de 1848, como a tantos otros más de esa misma generación de revolucionarios, lo había cambiado en forma por demás rotunda para embarcarlo en un camino sin retorno posible.

Era el tiempo, además, en que el *Manifiesto del partido comunista* veía su luz primera. Marx, quien había escrito al alimón el texto con Engels, tenía también un sólido origen hegeliano y sería su conocimiento simultáneo de Feuerbach y del conjunto de la filosofía clásica alemana, como lo había ya mostrado con la escritura de otros textos filosóficos previos (como los *Manuscritos económico-filosóficos* o *La cuestión judía*), lo que lo catapultara al interés creciente que sus trabajos generaron entre las tribus revolucionarias asentadas en la revuelta Europa y acrisoladas en derredor de la revolución de febrero de 1848. En silencio, Marx también había iniciado un gradual aunque ininterrumpido alejamiento de la filosofía para sumergirse en los rigurosos estudios

económicos que el *Manifiesto* anticipaba y que después aparecerá emplazado en su despliegue riguroso, primero con la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859 y, más tarde, en el primer tomo de *El capital* en 1867.

La versión francesa del *Manifiesto*, por cierto, apareció precisamente antes de la insurrección de junio —ésa suerte de *primera Comuna de París* que anticipaba en 23 años a la grandiosa insurrección de 1871—, respecto de la cual, como Marx lo reconocería en forma postrera, fue la propia Comuna de 1871 la encargada de demostrar que “la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines”, la cual era ya una tesis política temprana de su célebre panfleto y que, por cierto, Bakunin luego traduciría al ruso antes de su pleno desencuentro con Marx. Pues eso es el *Manifiesto*, un panfleto brillante que había sido redactado en forma relampagueante en condiciones prerrevolucionarias concretas, al abrigo de un propósito evidente: la conquista del poder político por un proletariado específico.

Si algo puede explicar, en alguna medida, la gran distancia programática y organizativa entre *Estatismo y anarquía* de Bakunin y las *Glosas marginales* de Marx que aquí se edita, caminando en sentidos opuestos para mostrar los divergentes temperamentos entre ambos revolucionarios, son las referencias cruzadas entre el Bakunin de su *Confesión* y los Marx y Engels del *Manifiesto*. Si la bakuninista *Confesión* se mostró con desparpajo y cáustico humor como el producto intelectual de un paria errante y desclasado incluso de su ascendiente nobiliario paneslavo, sin tesis ideológica ni dogma político alguno perceptible, Marx y Engels afirmarían que el proletariado es la única clase verdaderamente preparada para convertirse en clase dominante, incluyendo en dicha

clase —algo inaceptable para Bakunin— a ese sector de ideólogos burgueses que se han elevado teóricamente hasta la comprensión del conjunto del movimiento histórico. Afirmación ésta que indignaba a Bakunin, quien insistía en que ese poder político —precedente y no sucesivo de la revolución económica de fondo— no podía ni debía ser dirigido por “intelectuales burgueses” o, peor aún, por ex obreros transformados por ambición o vanidad en políticos profesionales que devendrían, como todos sus predecesores, en sujetos políticos colocados por encima y en contra del proletariado. De ahí que Bakunin esgrimiera, contra Marx, que: “Su socialismo científico no es más que la organización y el gobierno de la nueva sociedad por los socialistas eruditos: los peores de todos los gobernantes despóticos”.

A su vez, y fiel a su conocido estilo político, Marx tachará la réplica bakuninista, como una respuesta propia de un “burgués reaccionario”. En cualquier caso, el Marx que verdaderamente tendría que seguir importándonos hoy, después de la crítica bakuninista de él y tras la debacle de los regímenes de economía estatal centralmente planificados de heterónoma gestión burocrático-autoritaria y, en lo económico, singularizados por su inconfeso *capitalismo colectivo estatal* nunca socialista en la ex URSS, China, el Este de Europa, etc., es otro Marx que no es, por cierto, un *estatólata*. No el Marx que —concientemente o no— aspiró a un “aparato prusiano” de distinto color y ropaje, sino los otros Marx: por ejemplo, el filósofo que se preguntó por los perniciosos efectos del trabajo sobre el individuo (*Manuscritos económico-filosóficos de 1844*); el economista que poco a poco desmontó los engranes de la explotadora y alienante maquinaria capitalista (*El capital*); el historiador, politólogo, científico-social y cronista literario que se manifestó en multitud de artículos periodísticos o en li-

bros tan bellos y precisos como el *18 Brumario de Luis Bonaparte* o *La guerra civil en Francia*. Esos contornos de los muchos y diferentes Marx del Marx de la burocrática iglesia ortodoxa de sus epígonos desviados, son los que horadan y minan, como en la metáfora del viejo topo, en las contradicciones históricas, políticas, económicas y sociales muy útiles para entender el mundo actual. *En ese sentido, Marx es tan necesario como necesaria resulta, también, una lectura creativa de Bakunin, colocada desde nuestra más inmediata realidad contemporánea por transformar.*

No necesitamos al Marx que fue utilizado como figura última de autoridad para legitimar lo ilegítimo, o al Marx que hacía rabietas contra todo aquel —como Bakunin— que osara contravenir los juicios inapelables de su ciencia. ¿Por qué? Porque ese Marx le hubiera sido inaceptable a los otros Marx, mirándolo por ellos mismos como el reflejo de un odioso espejo distorsionado que derivó en lo que ya conocimos de su “comunismo tosco” en la triste realidad pasada: aquel que produjo pesadillas, más que sueños emancipadores, para cambiar el rumbo de la historia. Si cierto Marx político confió en un Estado centralizado que felizmente emanciparía a la sociedad del yugo del capital y del gobierno entregándole a ésta el poder; Bakunin, en política y no sin idealismo, esperó que, espontánea y voluntariamente, el pueblo mismo, de abajo hacia arriba, se organizara y organizara su economía, su política, sus relaciones de trabajo y sus asociaciones, sin volver por ello a derivar en un nuevo Estado.

Como vemos, en fin, tanto en Marx como en Bakunin lo que realmente importa son sus agudos y visionarios análisis, más allá de sus alcances reales y los límites objetivos impuestos por el tiempo y las mismas circunstancias en las cuales escribieron y pensaron, ambos, la realidad a transformar desde su común tiempo histórico

compartido. Sus proyectos políticos fueron, antes que otra cosa, fruto de la urgencia revolucionaria. Y toda vez que la revolución implica una inevitable condición de excepción, muchos de sus juicios fueron proferidos bajo las acuciantes presiones de sus emergencias objetivas. De manera que si hacemos abstracción, por un momento, tanto de la política como de la ideología, para dejarlas aparte, advertimos que la compartida y perfectamente simétrica antipatía recíproca entre ambos se vio claramente atizada por sus propios sinos nacional-culturales, además explicable por el largo desencuentro y la mutua desconfianza entre germanos y eslavos, y además, por las propias guerras que moldearon la distorsionada percepción del uno con respecto al otro. Todo esto explica la complejidad del juicio atemperado y objetivo en derredor a la polémica Marx-Bakunin.

Al respecto, es deseo de la presente iniciativa editorial, independiente y autónoma, contribuir a arrojar luz sobre este diferendo histórico entre dos exponentes mayores que fueron esenciales para el pensamiento crítico y revolucionario de los siglos XIX y XX, y que, en el siglo XXI, parece necesario reflotar de nuevo para pensar nuestras propias circunstancias y sus diferidas alternativas emancipadoras. Corresponderá al lector, en todo caso, la decisión última sobre si eso que nos planteamos al concebir este libro, como una finalidad contenida en su seno, logró sus propósitos.

ALFREDO VELARDE

## MARX SOBRE BAKUNIN: UN TEXTO NEGLIGIDO

HENRY MAYER<sup>1</sup>

Todo cuanto vive, existe, vegeta, e incluso todo cuanto subsiste debe ser libre, debe llegar a tener conciencia de sí mismo, elevarse hacia ese Centro Divino que anima todo lo que es. Nuestro objetivo consiste en la Libertad y el Amor absolutos; nuestro destino es liberar a la humanidad y a todo el Universo.

MIJAÍL BAKUNIN (1836)

Nuestras relaciones con la sociedad se inician, en cierta forma, antes de que nosotros podamos determinarlas (...) La idea que debe conducirnos hacia la elección de una profesión debe ser el bien de la humanidad y nuestro total desarrollo (...) La naturaleza del hombre está constituida de tal forma que sólo puede alcanzar su perfección actuando en pro del bien y la perfección de la humanidad.

KARL MARX (1835)

---

<sup>1</sup> Estudio publicado por vez primera en *Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée*, núm. 91, octubre de 1959 (Serie S, núm. 2), *Etudes de Marxologie (II)*.

## I

Las notas marginales de Karl Marx sobre el libro de Mijaíl Bakunin, *El estatismo y la anarquía*,<sup>2</sup> se cuentan entre los escritos de Marx que todavía (1959) no se publican en su lengua original. Empero, tales notas presentan considerable interés. En ellas, Marx esboza, aunque sólo en forma breve y a veces críptica, su posición respecto al campesinado, sus concepciones sobre la dictadura del proletariado, la posibilidad de la “revolución radical” en los países no industrializados y la acusación, hecha por Bakunin, de que el triunfo del marxismo sólo implicaría el ascenso de una *nueva clase dominante*.<sup>3</sup>

Las concepciones de Marx relativas a dichos puntos se interpretan en múltiples formas. No obstante, hasta ahora, muy pocos escritores se refirieron a las notas sobre Bakunin. El hecho de que no exista la versión de las notas en alemán, lengua en que se escribió la mayor parte, constituye la razón principal de tal negligencia. Las retraducciones del ruso existentes resultan imprecisas, incompletas o difíciles de hallar. Además, en las últimas décadas, los investigadores franceses y alemanes, y, hace poco, los ingleses, se interesaron ante todo y con profusión en el “joven Marx”. Pero, en comparación, poco trabajo se realizó para interpretar sus últimas obras.

<sup>2</sup> Se encuentra inscrito en la edición rusa de las *Obras de Bakunin*, vol. I, Petrogrado y Moscú, 1919. Los pasajes más importantes de Bakunin comentados por Marx se hallan en G. P. Maximoff (editor), *The political philosophy of Bakunin*, Glencoe (Illinois), EUA, 1953, pp. 286 a 288.

<sup>3</sup> Cursivas de los editores.

David Riazanov publicó las notas de Marx por primera vez en 1926.<sup>4</sup> El prolijo texto: más de cuarenta páginas en la versión de 1926, consiste de tres elementos: primero, la parte más extensa contiene el resumen de la obra de Bakunin hecho por Marx. La obra apareció a finales de 1873, en ruso, y el resumen de Marx también está redactado en ruso. Segundo, Marx hace breves comentarios filológicos y etimológicos, esparcidos a lo largo del resumen, que demuestran su perseverancia en procurarse adquirir el completo dominio del ruso. Tercero, hay las propias “notas marginales”, a saber, los comentarios de Marx en relación con ciertos puntos planteados por Bakunin. Sólo éstas son del caso, por consiguiente, cualquier ulterior referencia se limita a las “notas”.

Las notas se escribieron en alemán, pero hay expresiones ocasionales en francés o inglés intercaladas.

Riazanov redactó una breve introducción para su edición del manuscrito en 1926. Es muy general y en extremo cauta, eludiendo cualquier discusión sobre la posible implicación política de las notas. En la práctica, Riazanov sólo dice que Marx se hallaba muy interesado en el libro de Bakunin, porque sus comentarios resultan más extensos que los de muchos otros cuadernos donde se contienen resúmenes de obras. Riazanov establece que mientras Engels databa las notas como escritas probablemente en 1875, él consideraba que se elaboraron en 1874.

Queda claro que la satisfactoria publicación del manuscrito requeriría imprimirlo en las lenguas en que se redactó: las partes rusas en ruso, las partes alemanas en alemán. Empero Riazanov editó todo el texto en ruso. Cuando se reeditó después, entonces sin comentario al-

<sup>4</sup> *Létopisi Marksizma*, Moscú, vol. II, 1926, pp. 60 a 102.

guno, en la edición rusa de las *Obras* de Marx y Engels, el texto se imprimió, una vez más, sólo en ruso.<sup>5</sup>

Hacia fines de 1934, el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú al parecer sacó su propia traducción del texto: dos panfletos propagandísticos dirigidos contra el anarquismo, uno en francés, otro en italiano, publicados en Bruselas, acompañaron esta traducción en 1935.<sup>6</sup>

Sin duda, la versión francesa es muy pobre. Las observaciones de Bakunin se mezclan con los comentarios de Marx al respecto, de modo que los puntos planteados por el primero se adscriben al último. La valiosa selección de las concepciones éticas de Marx, editadas por Maximiliano Rubel, de nuevo contiene extractos de las notas. Rubel hace una encomiable tentativa para mejorar la versión francesa, pero sin lograrlo por completo.<sup>7</sup>

La única versión inglesa descubierta consiste en la traducción parcial de la versión francesa que apareció en el periódico neotrotskista *La Nueva Internacional* de Nueva York en 1951. El traductor indica que la serie de traducciones, del alemán al ruso, del ruso al francés y del francés al inglés, "hace imposible garantizar la completa exactitud",<sup>8</sup> en la medida que esta versión sólo copia la confusión entre lo escrito por Bakunin y el co-

<sup>5</sup> Marx y Engels, *Sotchinenia*, vol. XV, Moscú, 1933, pp. 147 a 200.

<sup>6</sup> Marx et Engels, *Contre l'anarchisme*, París, 1935, pp. 41 a 45; Marx e Engels, *Tre articoli contro l'anarchismo*, Bruselas, 1935, pp. 40 a 45. Esta colección contiene una nota introductoria del Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, fechada el 7 de septiembre de 1934. Cfr. también Marx-Engels, *Contro l'anarchismo*, Roma, 1950, pp. 49 y ss.

<sup>7</sup> Maximilien Rubel, editor, *Marx, Pages choisies pour une éthique socialiste*, París, 1948.

<sup>8</sup> *The New Internacional*, noviembre-diciembre de 1951, pp. 363 a 366. Esta versión la reimprimieron los anarquistas en *Freedom*, Londres.

mentario de Marx, se trata de un presupuesto. La traducción italiana es la mejor, pero resulta difícil de conseguir e imprime el texto de tal modo que persiste la confusión entre Marx y Bakunin.

## II

Uno de los puntos más interesantes en el libro de Bakunin reside en la concepción de que el marxismo, en caso de triunfo, resultaría en el dominio de una nueva clase de "científicos sociales".<sup>9</sup> Bakunin plantea la cuestión de la condición social de los ex proletarios que alcanzan posiciones gubernamentales en la sociedad socialista. Marx despacha el punto argumentando que el industrial convertido en miembro de un consejo municipal no cambia por tal razón su clase social, sigue siendo un capitalista. La réplica es bastante sofisticada: el punto de Bakunin consiste, por supuesto, en que la integración al gobierno da a la persona un tipo de poder en la elaboración y ejecución de las decisiones que no poseía cuando era obrero en la producción. Además, comporta también privilegios materiales bien definidos.

Esta controversia particular mereció cierta atención en la literatura inglesa, que en otros aspectos ignoró por completo las notas de Marx. El escritor polaco Max Podolsky, escribiendo bajo el seudónimo de *Max Nomad*, se refiere a las notas de Marx en sus libros.<sup>10</sup> El trabajo de Nomad, que es muy interesante, aunque bastante rudimentario, se funda en medida considerable sobre las

<sup>9</sup> Maximoff, *op. cit.*, K. Kenafick (editor), *Bakunin, Marxism, freedom and the State*, Londres, 1950 (cursivas de los editores).

<sup>10</sup> Max Nomad, *Rebels and Renegades*, Nueva York, 1932; *Apostles of revolution*, Londres, 1939.

concepciones del escritor polaco Waclaw Machajski. Cuando se hallaba desterrado en Siberia, de 1898 a 1900, Machajski elaboró su teoría que, dicho sea de paso, conoció León Trotski.<sup>11</sup> Su esquema básico es simple: el conocimiento y la educación se tratan como una forma de “capital”. La poseedora de este capital es la *inteligencia* (o intelectualidad), considerada como clase social separada. Utiliza la ideología socialista para conseguir base de masas entre el proletariado con el propósito de derrocar al capitalismo privado. Una vez eliminados los capitalistas privados mediante la ayuda del proletariado, la inteligencia, rehusando socializar los medios de producción intelectuales, se convertiría en la nueva clase dominante. Machajski creía en el advenir final de la sociedad sin clases: si el proletariado abolía toda herencia de propiedad, imponía igual acceso a la educación y nivelaba todos los ingresos.<sup>12</sup>

Los sucesores de Machejski, conocidos por uno de sus seudónimos como *machajevistas*, promovieron cierta agitación, en especial entre los obreros no calificados rusos a principios del siglo XX. En la revolución de 1905 participaron al lado de dos pequeños grupos: el grupo Invencible en Odesa y el grupo Lucha en Bielostok.

Nomad sigue a Machajski, cuyo análisis influyó también sobre otros,<sup>13</sup> al sostener que existe conflicto de intereses entre la *inteligencia* y los obreros no calificados,

<sup>11</sup> León Trotski, *Mi vida*, Cenit, Madrid, 1930.

<sup>12</sup> Véase el artículo de Nomad sobre Machajski en la *Encyclopaedia of the social sciences*; W. Machajski, “On the expropriation of the capitalists”, en V. F. Calverton (editor), *The making of society*, Nueva York, 1937, pp. 427 a 436; y también, S. V. Utechin, “Bolshevicks and their allies after 1917”, en *Soviet Studies*, X 2, octubre de 1958, pp. 121 a 122.

<sup>13</sup> Cfr., J. Alasco, *Intellectual capitalism*, Nueva York, 1950.

que el socialismo implica la sustitución de los viejos amos por los nuevos, pero rechaza el ideal utópico de la sociedad sin clases. Para él no hay sino “protesta permanente” de los de abajo contra los de arriba.

Lo que, por supuesto, resulta aún más interesante, pero aquí sólo puede apuntarse, consiste en que Bakunin acusa a Marx de constituirse en ideólogo cuyas concepciones ocultan el ascenso de una nueva clase. Se sabe que Marx en general analiza la dirección del movimiento anarquista compuesta por ex obreros y gente desclasada. En verdad Bakunin veía un elemento revolucionario en la juventud burguesa desclasada “sin perspectiva de carrera”, que debía “aportar” al pueblo “la habilidad para generalizar los hechos”,<sup>14</sup> y precisamente esto constituye, queda implícito, como Lenin reconoce, un carácter esencial de la *inteligencia*. En otros términos, la acusación de Bakunin contra el marxismo se aplica con facilidad al anarquismo. Esto parece obvio para cualquiera que acepte la aserción de Max Weber de que “la interpretación materialista de la historia no es un coche que se toma a capricho ni se detiene de pronto al gusto de los promotores de revoluciones”.<sup>15</sup>

Queda clara la relevancia de la concepción de Bakunin-Machajski-Nomad respecto a los problemas planteados después por Roberto Michels, las ideas de los exponentes de la “revolución directorial” y la reciente obra de Wittfogel,<sup>16</sup> quien pretende a mi juicio de modo no convincente, que Marx era consciente del problema de la “dominación burocrática”, pero lo omitió en forma

<sup>14</sup> Bakunin, citado en E. Pyziur, *The doctrine of anarchism of Michael A. Bakunin*, Milwaukee (Wisconsin), EUA, 1955, p. 82.

<sup>15</sup> Cursivas nuestras.

<sup>16</sup> K. A. Wittfogel, *Despotismo oriental*, Madrid, Guadarrama, 1966, pp. 429-430.

deliberada. No es posible discutir tales cuestiones aquí, tampoco investigar las conexiones existentes del concepto de socialismo como ideal clasista de la *inteligencia* con la ideología del movimiento tecnocrático en sus diversas formas. Baste decir que la interpretación de la estructura social de la URSS, los cambios en el capitalismo occidental, el ascenso del nacionalismo y del comunismo en Asia en términos de cierta “nueva” clase o estrato, era muy común antes de la amplia publicidad concedida al libro de Djilas, *La nueva clase*, que plantea problemas similares.<sup>17</sup> ¿En qué consiste el nuevo grupo: intelectuales, directores o tecnócratas? ¿Qué implica su logro y conservación del poder? Se trata de problemas que dividen a varios autores pero todos coinciden sobre su nuevo carácter. Constituir esa tarea fascinante para la historia de las ideas procuraría inquirir en qué medida las concepciones de este tipo se generan en la crítica anarquista del marxismo.

Aun dentro de una estructura más estricta de discusión, los comentarios marginales de Marx deben tomarse en cuenta para cualquier apreciación seria de sus concepciones relativas a la sociedad “sin clases”. Pero, incluso en las dos discusiones más recientes y amplias sobre la sociedad sin clases, realizadas por Dahrendorf<sup>18</sup> y Ramm,<sup>19</sup> no se mencionan.

<sup>17</sup> M. Djilas, *La nueva clase*, Buenos Aires, Sudamericana, 1957; Henry Mayer, “Djilas on comunism”, en *Australian Outlook*, 12, 2, junio de 1958, pp. 53 a 62.

<sup>18</sup> R. Dahrendorf, *Marx in perspektive*, Hannover, 1952, pp. 167 a 182. El autor pretende haber logrado una recopilación “completa” de los escritos de Marx sobre la sociedad comunista, sin clases.

<sup>19</sup> T. Ramm, “Die kunftige gesellschaftsordnung nach der theorie von Marx und Engels”, en I. Fetscher (editor), *Marxismusstudien*, Zweite folge, Tubinga, 1957, pp. 77 a 119.

### III

Cualquier razón que haya impedido hasta ahora la publicación del texto alemán de las notas marginales, resulta obvio que presentan suficiente interés para justificar la tentativa de armar cuantos fragmentos *existen* en alemán, retraduciendo el resto de las notas del ruso. El procedimiento constituye apenas un sucedáneo sin pretensión de que resulte satisfactorio.

Extractos de las notas de Marx aparecieron desde 1928. Para nuestra pequeña obra de *trabajo detectivesco*,<sup>20</sup> precisa establecer que los extractos en alemán provienen del texto original conservado en Moscú y no son meras retraducciones del ruso.

La historia comienza con un artículo de K. Popov en 1928.<sup>21</sup> Se trata de la versión alemana del artículo similar escrito en ruso. Popov cita varias notas de Marx, sus referencias corresponden al texto ruso de 1926. Por fortuna, el artículo apareció en la versión alemana de un periódico ruso, dirigido entonces por Riazanov, y una nota al pie esclarece que Riazanov le dio acceso al texto original para tales citas.<sup>22</sup>

En consecuencia, las citas de Popov sirven como base. Mediante la comparación de los textos citados se pueden reconstruir varios fragmentos del texto alemán en otros dos artículos. Un colaborador muy cercano de Riazanov, Franz Schiller, da algunos pasajes en alemán adicionales en su reseña del texto ruso de 1926, publica-

<sup>20</sup> Cursivas nuestras.

<sup>21</sup> K. Popov, “Die bauernschaft als klasse und als verbundete des proletariats nach Marx und Engels”, en *Unter dem Banner des Marxismus*, 2, 1928, pp. 234 a 281.

<sup>22</sup> *Ibid.*, pp. 275 a 278 (nota de los editores).

da en *Létopisi Markizma*.<sup>23</sup> V. Adoratski, el primer sucesor de Riazanov, proporciona algunos fragmentos más.<sup>24</sup> Ambos escritores citan pasajes utilizados por Popov que concuerdan con su versión del texto de las notas. En razón de que presentan nuevos pasajes, cabe asumir que se tomaron del texto original en alemán.

El hecho de que los tres autores se hallaran en íntima conexión con el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú aporta apoyo suplementario al aserto de que tales pasajes en realidad proceden del texto original. Parece que Moscú posee la única versión completa en alemán y que no existe copia en el Instituto Marx-Engels de Berlín Oriental: una reciente traducción alemana de una obra rusa, que cita fragmentos de las notas, se limita a retraducir la versión rusa.<sup>25</sup> El registro comparativo de las *Obras* de Marx y Engels, que indica dónde se encuentra la correspondiente de las impresiones alemanas con la edición rusa de las *Obras*, sólo incluye la versión rusa.<sup>26</sup>

La versión que se ofrece en seguida consiste en la traducción inglesa, basada en el texto alemán cuando

<sup>23</sup> *Archiv für Sozialismus und die Geschichte der Arbeiterbewegung*, 14, 1929, pp. 490-496.

<sup>24</sup> V. Adoratski (editor), *Marx, Ausgewählte Schriften in zwei Bänden*, vol. I, Zurich, 1934. Introducción. Las citas de Popov se usaron en lo escritos rusos sobre el campesinado, pero sin añadir nuevo material, por ejemplo, I. Kusnetzov, "Marx und Engels über die Rolle der Bauernschaft in der Revolution und ihre sozialistische Umgestaltung", en Kusnetzov (editor), *Karl Marx und die Agrarfrage*, Moscú, 1933.

<sup>25</sup> W. A. Turetzki, *Die Entwicklung der Anschauungen von Marx und Engels über den Staat*, Berlín, 1956, pp. 92 a 94. El autor sólo menciona la segunda publicación de las notas que tuvo lugar después de la desgracia de Riazanov, y pretende de modo falso (*ibid.*, pág. 92) que se trata de la primera publicación.

<sup>26</sup> G. Hertel, *Inhaltsvergleicherregister der Marx-Engels Gesamtausgaben*, Berlín, 1957, p. 149.

existía, y en los demás casos, retraducida del ruso. Se podría aducir, una vez más, que tal procedimiento no es lícito ni justificable. Cuando el Instituto de Moscú publique el manuscrito entero: los resúmenes en ruso y las notas en alemán, esta reconstrucción provisional carecerá de uso —pero los investigadores occidentales lo siguen esperando desde 1926.

#### IV

Resultaría insensato fundar un comentario extenso sobre factores tan frágiles. Siguen sólo puntos de vista provisionarios sobre las partes "reconstruidas" de las notas.

Queda evidente que Marx considera un periodo de transición bastante largo de dictadura del proletariado, después de que el proletariado conquista el poder político. No hay indicio respecto a la duración que implican los términos "*bastante largo*".<sup>27</sup> Durante este periodo, el gobierno proletario debe adoptar medidas de carácter político, quiere decir, coercitivo, que alterarán en forma radical la estructura económica de la sociedad, en consecuencia, según Marx, la base que determina la existencia de las clases sociales. Marx enfatiza que tales condiciones *económicas* se hallan sujetas a la operación de la *fuerza*, deben "*eliminarse (o removerse) mediante la fuerza o transformarse, proceso de transformación que debe acelerarse mediante la fuerza*". Marx aplica el concepto *gewalt*, que también puede traducirse como *coerción* o *violencia*. Se escogió *fuerza*, porque resulta el menos colorido.

Aun tomando en cuenta que el pasaje se refiere a los acontecimientos *posteriores* a la revolución (política pro-

<sup>27</sup> Cursivas nuestras.



letaria), la concepción de “eliminar” (o remover) las condiciones económicas mediante acciones políticas (durante la revolución social proletaria) parece conceder mucho mayor peso a la acción política que el atribuido en otros escritos de Marx y Engels sobre el estado, y contradice, por ejemplo, los ataques de Engels a la “teoría de la fuerza” de Duhring. Contra esta interpretación podría argüirse que Marx otorga en general mayor peso a la acción política durante el periodo de transición que conecta dos etapas de la sociedad, como, por ejemplo, en su conocida descripción de la acumulación originaria, pero precisamente a tales periodos se pretende aplicar el concepto de fuerza como “comadrona” de la nueva sociedad. Sin llegar a decidir el punto aquí, sigue siendo cierto que las notas de Marx sugieren o quizás implican una concepción cercana a la “primacía de la política revolucionaria”.

Este punto se debe calificar de inmediato, añadiendo que Marx estatuye la distinción, nítida para él, aunque, por supuesto, no necesariamente para otros, entre el uso de la fuerza, a nombre del y por el gobierno proletario, contra las antiguas clases explotadoras y dominantes, por ejemplo, la capitalista, y contra una clase o un estrato (explotado) y dominado, pero no revolucionario, el campesinado. El gobierno proletario debe aplicar la fuerza contra los antiguos explotadores, pero no contra el campesinado. Sus medidas (de transición autocontradictorias) deben apuntar a la vez hacia tres objetivos: facilitar, al menos en esencia, la transición a la propiedad colectiva; mejorar, de inmediato, la posición del pequeño propietario campesino; no consistir en el ataque frontal contra la propiedad privada prerrevolucionaria o el derecho de herencia de los pequeños propietarios campesinos.

Marx limita con precisión el uso de la fuerza en cuanto concierne al campesinado. Piensa en términos de conversión gradual, porque su confianza fundamental reside en las ventajas prácticas que el gobierno proletario ofrecería al campesino. El campesinado se concibe como apoyando de modo gradual a la propiedad colectiva, mediante su propia experiencia de ella como la forma que, en la práctica, mejoraría su nivel de vida. Una razón por la cual Marx rechaza la medida de la simple división de las grandes propiedades de los terratenientes (latifundistas), consiste en su convicción de la superioridad, desde el ángulo económico, de la agricultura colectiva en gran escala. A su criterio, tal superioridad incluye también la perspectiva de mejorar el nivel de vida del campesino.

Aquí se tiene relevante ejemplo de la mixtura de realismo con racionalismo en el pensamiento de Marx. No es tanto que se quiera argumentar que sus tácticas aplicables al caso se excluyan o contradigan de modo recíproco. Sus principios rectores son muy generales. En este nivel de abstracción no hay formas de resolver si son conciliables o no. Tal cuestión sólo adquiere sentido en el contexto de una situación histórica específica.

Lo más importante consiste en que Marx asume, de modo implícito, la probabilidad de inducir al pequeño propietario campesino a aceptar la propiedad colectiva *cuando* se le muestran determinadas *ventajas racionales*. No plantea lo que debe hacer el gobierno proletario si esto no sucede. Sólo entonces cabe la solución mediante la fuerza y, en tal caso, cobra verdadera importancia qué tipo de fuerza y cuánta debe aplicarse contra el campesinado. Conviene notar, de paso, que Marx tampoco precisa en qué grado la concesión de alicientes a los campesinos, dado el problema de la escasez de recursos, provocaría el descontento en el proletariado.

Ahora bien, el tratamiento que hace Marx del campesinado *bajo el capitalismo* plantea justamente esta cuestión: hasta dónde procede considerar al campesino como “racional” en el sentido económico. Una de las concepciones centrales en la perspectiva de Marx respecto al campesinado, como se procura exponer en otra parte,<sup>28</sup> consiste en la categoría de “propiedad fantasma”: el pequeño campesino dejó de ser el propietario “real” de su parcela, ningún beneficio “real” obtiene, aunque piensa que es propietario, se comporta como propietario y se apega en forma desesperada a su parcela. En consecuencia, el campesino actúa en forma irracional, aferrado a un lastre.

En las notas sobre Bakunin aparece el mismo problema de modo más amplio y en diferente contexto. Se plantea en la observación incidental de Marx sobre la posibilidad de que el campesinado pertenezca al proletariado. Marx aduce que incluso cuando el pequeño propietario campesino *es* proletario por su posición económica, no *crea* serlo. Tal aserto sintetiza con nitidez una dificultad central en la concepción de Marx sobre las clases sociales, en la medida que, se dice, sostiene, como hace aquí, que factores “objetivos” determinan la posición y la pertenencia de clase.<sup>29</sup> ¿Cuál es la condición de un grupo (o categoría) que de modo “objetivo”, se afirma, posee una posición de clase de tipo *a*, pero de modo “subjetivo” se apega a formas de comportamiento “propias” de la conciencia de clase de tipo *b*? ¿No hay razón para asumir que el pequeño campesino *continúa*

<sup>28</sup> Henry Mayer, “Marx, Engels and the politics of the peasantry”, en *Cahiers de l'Institut de Science Economique Appliquée*, núm. 102, junio de 1960 (serie S, núm. 3), *Etudes de Marxologie* (3).

<sup>29</sup> Esta dificultad se aplica a todas las concepciones “objetivas” de las clases.

*ría* aferrado a su “parcela fantasmal” aun con el gobierno proletario en el poder? ¿No ocurriría que el pequeño campesino pretendería apropiarse de las grandes propiedades (unidades de producción agrícola) y dividir las, cuestión que el gobierno proletario no consentiría? ¿Qué validez tendría la declaración del gobierno proletario negando el uso de la fuerza contra el campesinado si esto pasa?

En su comentario sobre la relación del campesinado con la revolución proletaria, Marx acomete otro tema importante. Distingue entre una clase capaz de iniciar un política general, como el proletariado, y otra que, no siendo la iniciadora, resulta aún tan poderosa, en determinadas circunstancias, para sabotear la política de la clase más activa. Marx trata aquí al campesinado como “categoría social vetante”. Marx proponía para todos los estados europeos occidentales donde el pequeño campesino constituía la mayoría (de la fuerza de trabajo aplicada) en 1874-1875 la alternativa: hostilidad activa del campesinado ante la revolución (política) proletaria o apoyo campesino a la revolución (social) proletaria *después* del establecimiento del gobierno proletario.

Desde 1852 en un pasaje hacia al final de la primera edición de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Marx hizo pública la posición de que la revolución (política) proletaria fracasaría “en todas las naciones campesinas”, a menos que la apoyara el campesinado:

La demolición de la máquina del estado ningún problema representa para la centralización. La burocracia no es sino la forma inferior y brutal de una centralización que carga aún con su antítesis: el feudalismo. Al desilusionarse de la restauración napoleónica, el campesinado francés abandona la credulidad puesta en su pequeña parcela, todo el edificio estatal erigido sobre esta pequeña parcela se des-

morona y la revolución proletaria consigue ese coro, sin el cual su solo se convierte, en todas las naciones campesinas, en canto de cisne.<sup>30</sup>

Pero de la primera edición de *El Dieciocho Brumario* en 1852, sólo se imprimieron cien ejemplares en el periódico de corta duración *Die Revolution*, editado por J. Weydemeyer en Nueva York. Muy pocos ejemplares llegaron a Europa.<sup>31</sup> La obra alcanzó al amplio público hasta la segunda edición hecha en Hamburgo en 1869. Sin indicar que hizo cualquier supresión importante,<sup>32</sup> Marx eliminó en la práctica de esta edición buena porción de material interesante sobre el campesinado, el Estado y el sufragio universal. El pasaje antes citado se halla entre tales cortes, a los cuales sólo se prestó atención, hasta donde se sabe, en 1926.<sup>33</sup>

En 1856, Marx se refiere de nuevo a la posibilidad de respaldar la revolución (política) proletaria en Alemania mediante la “segunda edición de la Guerra Campesina”. Pero la referencia ocurre en una carta privada a Engels,

<sup>30</sup> Marx, *Der 18te Brumarie des Louis Napoleón*, en *Die Revolution*, J. Weydemeyer, editor, Restes Heft, Nueva York, 1852, p. 60. Cursivas del original. No obstante, el pasaje se cita, traducido con deficiencia, en las ediciones populares hechas en Moscú, por ejemplo, Marx y Engels, *Obras Escogidas* en dos tomos, vol. I, Moscú, Progreso, 1971, p. 320. Pero los otros pasajes suprimidos por Marx no se mencionan.

<sup>31</sup> Véase la introducción de Riazanov a su edición de *El Dieciocho Brumario*, Viena-Berlín, 1927.

<sup>32</sup> “Una reelaboración de la presente obra la privaría de su matización peculiar. Por eso, me limité a la mera corrección de los errores de imprenta y quitar las alusiones que ahora no se comprenderían”. Marx, Prólogo del autor a la segunda edición, 1869, en *Obras Escogidas*, op. cit., vol. I, p. 227.

<sup>33</sup> Kamffmeyer, “Zur geschichte des marxismus”, en *Sozialistische Monatshefte*, 63, 1926, pp. 764 a 766.

no publicada hasta 1913.<sup>34</sup> Y, como se asentó, las notas marginales sobre Bakunin no se publicaron hasta 1926.

Así, de tres declaraciones específicas sobre este punto, dos figuran en cartas privadas o notas y una en la primera edición de *El Dieciocho Brumario*, de hecho desconocida hasta el siglo XX. Cabe concluir que Marx era, cuando menos, muy cauteloso respecto al tema en sus declaraciones públicas.<sup>35</sup>

Parece existir importante diferencia entre la concepción de Marx en 1852 y en 1874-1875. En 1852 mostraba considerable optimismo respecto a la posibilidad de que los campesinos franceses respaldaran la revolución (política) proletaria. Empero, al tratarlos como formando un “coro” parece implicar que concebía al campesinado respaldante como siguiendo muy de cerca y rápido después de la revolución (política) proletaria. Hacia 1874 parece mucho más precavido, las supresiones en la edición de *El Dieciocho Brumario* de 1869 apuntalan esta aserción. Hacia 1874-1875 todavía espera el apoyo del campesino, pero lo concibe como resultante de un proceso de desarrollo bastante largo posterior a la revolución (política) proletaria).

Debe añadirse que en cada caso, 1852, 1856, 1874-1875, Marx ve el apoyo campesino como un “coro” de “respaldo” a la revolución proletaria. En las notas de 1874-1875 deja perfectamente claro que no considera, ni siquiera en el caso óptimo, la posibilidad de alianza proletario-campesina, sino *después* de la conquista del poder por el proletariado. Todas las medidas (de transición autocontradictoria) que Marx indica en relación

<sup>34</sup> Carta de Marx a Engels del 16 de abril de 1856, en *Obras Escogidas*, cit., vol. II, p. 455.

<sup>35</sup> Esta conclusión se refiere sólo a las declaraciones explícitas de Marx, no a lo que se pueda “inferir” de sus escritos.

con el campesinado debe adoptarlas el *gobierno* proletario. En fin de cuentas, el hecho es que Marx, por un lado, considera aquí claramente la posibilidad de la revolución (política) proletaria en países donde la mayoría de la población (activa) consiste aún en pequeños propietarios, por otro, contra Bakunin, enfatiza la necesidad del desarrollo industrial y la consecuente existencia de, cuando menos, un proletariado “significativo” como prerequisite de cualquier revolución “*radical*” (proletaria).

A primera vista parece flagrante contradicción. El asunto es complejo y exigiría estudio especial. Baste apuntar que Marx, en general, trata al pequeño campesino como dominado por el régimen capitalista entre las garras del usurero, el abogado y el Estado. Otra cuestión estriba en la aplicabilidad razonable de tal análisis, aun aceptando en gracia del argumento las premisas generales, a los países donde el capitalismo todavía no penetraba mucho en 1874-1875.

No puede plantearse sin discusión pormenorizada hasta qué punto Marx tendía a pensar en términos de revolución nacional o de revolución socialista internacional. Esto a la vez implica otro tema clásico: hasta dónde y en qué medida Marx pensaba en términos de etapas rígidas, “necesarias”, a través de las cuales debería pasar cada país antes de hallarse maduro para la revolución socialista. En el trabajo de investigación donde se trata el problema,<sup>36</sup> S. F. Bloom argumenta que Marx era mucho menos dado al final de su vida que en sus primeros escritos a concebir en términos de “etapa necesaria” rígida, mientras no emergiera un modelo por entero consistente.

<sup>36</sup> S. F. Bloom, *The World of nations: a study of the nacional implications in the work of Karl Marx*, Nueva York, 1941.

Por nuestra parte, sostendríamos, aunque no es posible demostrarlo aquí, que se pueden encontrar conceptos de etapa rígida y la concepción de *saltar* una etapa en todos los escritos de Marx, incluyendo los primeros, aunque las notas sobre Bakunin, hasta donde llegan, apoyan la reserva de Bloom en cuanto a los últimos escritos de Marx. Como se estableció, el resto de las notas, retraducido del ruso, plantean cuestiones conexas al “*argumento de la nueva clase dominante*” que se podrán discutir cuando el texto alemán completo se publique.

Mientras tanto, esta reconstrucción textual parcial lograría su propósito si atrae la atención hacia una obra importante, pero negligida. Como es el caso de algunos otros escritos mal conocidos de Marx, éste contiene pasajes crípticos e inasequibles. El premio debe concederse al comentario de Marx sobre la afirmación de Bakunin respecto a que los marxistas consideran la dictadura del proletariado sólo breve y transitoria. Marx replica: “¡No, querido!”.

Universidad de Sydney, Australia

## GLOSAS MARGINALES SOBRE LA OBRA DE BAKUNIN

*El Estatismo y la anarquía*<sup>1</sup>  
(Texto intercalado)

KARL MARX

*Bakunin:*

Marx y Lasalle recomiendan a los obreros la formación de un “Estado popular”, si no como su ideal último, al menos como su próximo objetivo principal. Dicho Estado sólo sería “el proletariado organizado como clase dominante” (Ver *Manifiesto del Partido Comunista*, S. II.). Pero, una vez que el proletariado se convierte en clase dominante, ¿sobre quién ejercerá la dominación?

---

<sup>1</sup> **Advertencia:** 1. Las observaciones de Bakunin se presentan según la traducción inglesa utilizadas por G. P. Maximoff; 2. Las notas de Marx son muy condensadas. Donde se añadió algo para elucidarlas, las adiciones se colocan dentro de paréntesis sencillos; 3. Las notas de Marx retraducidas del ruso se colocan dentro de paréntesis dobles; 4. Donde Marx hace una breve interjección dentro de un pasaje de Bakunin, se pone en otra línea y después continúa el texto de Bakunin; 5. Las letras al margen indican los correspondientes fragmentos en alemán, reconstruidos en la forma expuesta; 6. Una breve nota sobre las más interesantes entre las pocas observaciones de Marx, esparcidas en su resumen ruso, figura al final de la traducción.

*Marx:*

a) Quiere decir que, mientras existan aún las otras clases, en particular la clase capitalista, mientras el proletariado siga luchando en contra suya —porque, con su (conquista del) poder gubernamental no desaparecen sus enemigos ni la antigua organización social—, debe aplicar medios coercitivos, por consiguiente, medidas gubernamentales; es todavía una clase, y las condiciones económicas sobre las cuales se fundan la existencia de las clases como la lucha de clases, no desaparecen aún y deben eliminarse (o removerse) mediante la fuerza o transformarse, proceso de transformación que debe acelerarse mediante la fuerza.

*Bakunin:*

Habrá otro proletariado, sujeto a esta nueva dominación, este nuevo Estado. El campesino “plebeyo” que no goza del favor de los marxistas, al hallarse a nivel inferior de cultura, es probable que sea dominado por el proletariado urbano e industrial.

*Marx:*

b) Donde los campesinos existen en masa como propietarios privados de la tierra, donde incluso constituyen la mayoría, más o menos considerable, como en todos los Estados del continente europeo occidental; donde todavía no desaparecen y los remplazan los jornaleros agrícolas, como en Inglaterra, se producen los casos siguientes:

- Bien impiden, causando el fracaso, de toda revolución proletaria, como hicieron hasta ahora en Francia.
- O el proletariado (porque el campesino propietario no pertenece al proletariado, y cuando pertenece por su posición, tampoco cree pertenecer a él) debe adoptar medidas como gobierno, a través de las cuales el campesino advierta mejorada, directamente, su posición,

factor que lo gana para la revolución; medidas que, no obstante, faciliten, en esencia, la transición desde la propiedad privada de la tierra hasta la propiedad colectiva, de modo que el campesinado llegue allí por propio convencimiento, en forma económica.<sup>2</sup> Pero no debe antagonizar al campesino, por ejemplo, mediante la proclamación de abolir el derecho de herencia o la abolición de su propiedad; esto sólo es factible cuando el arrendatario capitalista expulsó al campesino y el verdadero cultivador de la tierra es tan proletario y asalariado como el obrero urbano ((y, en consecuencia, tiene, en forma directa y no sólo indirecta, los mismos intereses. Hay todavía menos razón para fortalecer la pequeña propiedad campesina mediante la simple ampliación de las parcelas por la transferencia de las grandes propiedades a los campesinos, como (se pretende) en la campaña revolucionaria de Bakunin)).

*Bakunin:*

Considerados desde la perspectiva nacional, los eslavos, por ejemplo, asumirán precisamente por las mismas razones idéntica posición de sometimiento esclavizado ante el victorioso proletariado alemán que éste respecto a su propia burguesía.

*Marx:*

c) ¡Asinidad estudiantil! La revolución social radical se encuentra atada a determinadas condiciones históricas de desarrollo económico que constituyen sus prerrequisitos. En consecuencia, sólo es posible donde, con la producción capitalista, el proletariado industrial ocupa, cuando menos, una posición significativa (o importante) dentro de la masa del pueblo. De modo que para lograr cualquier opción al triunfo, debe, al menos, ser capaz de

<sup>2</sup> Es decir, atraído mediante incentivos o por razones económicas.

hacer, de inmediato, por los campesinos tanto como, *mutatis mutandis*, realizó la burguesía francesa en su Revolución por los campesinos franceses de entonces. ¡Qué bonita idea, (suponer) que tal tarea implica *arbeit*<sup>3</sup> (cuando se trata de) la supresión del trabajo rural!

Pero aquí el recóndito pensamiento del señor Bakunin se ilumina. Decididamente, nada comprende acerca de la revolución social, sólo la fraseología política al respecto; las condiciones económicas no existen. Ahora, como todas las formas económicas existentes, desarrolladas o infradesarrolladas, incluyen la servidumbre del trabajador (en la modalidad de obrero asalariado, campesino, etc.), supone que en todas resulta por igual posible la *revolución radical*. ¡Pero, aún más!, pretende que la revolución social europea, fundada sobre las bases económicas de la producción capitalista, ocurra en el nivel agrario de los pueblos pastorales rusos o eslavos ((que no rebasarán dicho nivel, aunque vea que la navegación marítima genera diferencias entre hermanos, pero entonces sólo navegación *en el mar*, ¡porque todos los políticos conocen tal diferencia!)). La *voluntad*, no las condiciones económicas, constituye el fundamento de su revolución social.

*Bakunin:*

Si hay Estado, debe haber necesariamente dominación, y, por tanto, esclavitud; un Estado sin esclavitud, abierta o disfrazada, resulta inconcebible, por eso somos enemigos del Estado.

---

<sup>3</sup> El concepto *arbeit* que significa *dominación*, resulta ambiguo aquí (en el original en lengua alemana). Una traducción alternativa de la cláusula, bien podría ser: "¡Qué bonita idea, que la dirección del trabajo suponga *dominación*, en el caso de la supresión del trabajo rural!".

¿Qué significa: "el proletariado organizado como clase dominante"?

*Marx:*

((Significa que el proletariado, en vez de luchar aislado contra las clases económicamente privilegiadas, adquirió suficiente poder y organización para aplicar medios generalizados de coerción en su lucha contra ellas. Pero sólo puede usar medios económicos que destruyen su propio carácter de asalariado y, por consiguiente, su carácter de clase, Así, su dominación concluye con su victoria total, porque su carácter de clase desaparece)).

*Bakunin:*

¿El proletariado en su conjunto quedará a la cabeza del gobierno?

*Marx:*

((En un sindicato, por ejemplo, ¿todos los afiliados forman el comité ejecutivo? ¿Toda división del trabajo cesa en la fábrica las diversas funciones que surgen de tal división? Y en la construcción de Bakunin, desde abajo hacia arriba, ¿todos van a la cúspide? En cuyo caso faltará la base, o ¿la habrá? ¿Todos los miembros de la comuna administrarán de modo simultáneo los intereses comunes de la región? Entonces, se suprime la diferencia entre comuna y región)).

*Bakunin:*

Hay cerca de cuarenta millones de alemanes. Los cuarenta (millones), ¿serán miembros del gobierno?

*Marx:*

¡Cierto!<sup>4</sup> ((Porque todo el asunto comienza con el autogobierno de la comuna)).

---

<sup>4</sup> En inglés: *Certainly!*

*Bakunin:*

Todo el pueblo gobernará y nadie quedará para ser gobernado.

*Marx:*

((Conforme a este principio, cuando un hombre se gobierna<sup>5</sup> a sí mismo, no se gobierna a sí mismo, porque, ¿no es sólo él mismo y ningún otro?))

*Bakunin:*

Quiere decir que no habrá gobierno ni Estado, pero si existe Estado habrá gente gobernada y también esclavos.

*Marx:*

((Sólo quiere decir: cuando la dominación de clase desaparezca, no subsistirá ningún Estado en el presente sentido político del concepto)).

*Bakunin:*

Este dilema se resuelve de modo fácil en la teoría marxista. Por gobierno popular entienden...

*Marx:*

((Esto es, Bakunin)).

*Bakunin:*

...el gobierno del pueblo mediante un pequeño número de representantes electos por el pueblo.

*Marx:*

*d.* ¡Asinidad! ¡Esta verborrea democrática, ñoñería política! La elección es una forma política, en la más pequeña comuna rusa y en el cartel. El carácter de la elección no depende del nombre, sino de las bases económicas, las relaciones económicas entre los electores;

<sup>5</sup> Conceptos alternativos: *dirige, regula, norma, controla.*

tan pronto las funciones (administrativas) cesan de ser políticas, la situación será:

1. Ninguna función gubernamental.
2. La distribución de las funciones generales se convierte en operación práctica que no implica dominación alguna.
3. La elección pierde por completo su actual carácter político.

*Bakunin:*

El sufragio universal: el derecho de todo el pueblo...

*Marx:*

((Cuestión tal como "todo el pueblo", en el presente sentido, resulta fantástica)).

*Bakunin:*

...a elegir sus llamados representantes y dirigentes del Estado, tal es la última palabra de los marxistas como de la escuela democrática. Detrás de esta falacia acecha el despotismo de la minoría gobernante, falacia tanto más peligrosa al aparecer como la expresión ostensible de la voluntad popular.

*Marx:*

((Bajo la propiedad colectiva, la supuesta voluntad popular desaparece para dar paso a la verdadera<sup>6</sup> voluntad del colectivo)).<sup>7</sup>

*Bakunin:*

Entonces, la gran masa del pueblo dirigida por una minoría privilegiada. Pero, dicen los marxistas...

*Marx:*

((¿Dónde?))

<sup>6</sup> También es posible *efectiva*.

<sup>7</sup> También es posible *de los cooperadores*.



*Bakunin:*

...tal minoría consistirá en obreros. Sin duda, más (bien) de ex obreros, porque, en cuanto se convierten en dirigentes o representantes del pueblo, cesan de ser obreros.

*Marx:*

Como si el industrial contemporáneo cesara de ser capitalista cuando se convierte en miembro del concejo municipal.

*Bakunin:*

Y desde las alturas del Estado comienzan a ver por debajo al pueblo trabajador. Desde ese momento no representan al pueblo, sino a sí mismos y sus propias pretensiones de gobernarlo. Quienes lo ignoran poco saben de la naturaleza humana.

*Marx:*

((Si el señor Bakunin siquiera estuviese al corriente respecto a la posición del administrador en una cooperativa obrera mandaría al diablo todas sus pesadillas acerca de la autoridad. Debía preguntarse, ¿qué forma pueden asumir las funciones administrativas sobre la base de tal Estado obrero, si le place denominarlo así?))

*Bakunin:*

Pero estos representantes electos serán socialistas convencidos, además, socialistas ilustrados en eso. Los términos “socialismo ilustrado”...

*Marx:*

((¡Nunca se usó!))

*Bakunin:*

...y “socialismo científico”...

*Marx:*

((Se aplica sólo por oposición al socialismo utópico que)) e. Trata de embaucar al pueblo con nuevas fantas-

magorías, en vez de confinar su ciencia al reconocimiento del movimiento social realizado por el pueblo mismo; ((ver mi obra contra Proudhon) *Miseria de la Filosofía*)).

*Bakunin:*

...que se encuentra a menudo en las obras y los discursos de los lasalleanos y los marxistas, prueban sólo que el supuesto Estado popular no será sino la dirección despótica sobre las masas trabajadoras, ejercida por una nueva aristocracia, reducida en cuanto a número, de genuinos o simulados científicos. El pueblo carece de saber y por tal razón quedará eximido de los cuidados del gobierno, se verá por entero regimentado dentro del rebaño común de la gente gobernada. ¡Vaya emancipación!

Los marxistas al advertir la contradicción...

*Marx:*

¡!

*Bakunin:*

...y percatarse de que el gobierno de los científicos (conduce al)...

*Marx:*

¡Qué desvarío!<sup>8</sup>

*Bakunin:*

...más mísero, odioso y despreciable tipo de gobierno en el mundo, (y) constituiría, no obstante emplear su “fórmula democrática”, una verdadera dictadura, se consuelan pensando que dicha dictadura será sólo temporal y de corta duración.

<sup>8</sup> En francés: *Quelle rêverie!*

*Marx:*

*f. ¡No, querido!*<sup>9</sup> La dominación de clase de los obreros sobre los estratos de la vieja sociedad que luchan en su contra persistirá hasta que la base económica de la existencia de las clases no se destruya.

*Bakunin:*

Dicen que la única preocupación y el objetivo de ese gobierno consistirán en educar y elevar al pueblo,

*Marx:*

((¡Político de café!))

*Bakunin:*

...económica y políticamente, en tal medida que ningún gobierno resultará necesario y que el Estado, (una vez) perdido su carácter político, a saber, su carácter dirigente y dominador, se convertirá por sí mismo en una organización de intereses económicos y comunas, plenamente libres... Si su Estado va a transformarse en genuino Estado popular, ¿por qué debe entonces autodisolverse? Si su dirección es necesaria para la verdadera emancipación del pueblo, ¿cómo se atreven a llamarlo Estado popular?

*Marx:*

((Aparte de la continua repetición acerca del "Estado popular", que es el caballito de batalla de Liebknecht, una estulticia dirigida contra el *Manifiesto comunista*, etc., esto significa: en la medida que el proletariado, durante el periodo de la lucha por la destrucción de la vieja sociedad, sigue actuando sobre la base de la antigua sociedad y, en consecuencia, dando al movimiento formas políticas que más o menos le correspondan, no

<sup>9</sup> En francés: *Non, mon cher!*

alcanza todavía, durante este periodo de lucha, su organización definida. Y utiliza medios para liberarse que se vuelven superfluos después de su emancipación. ¡De aquí el señor Bakunin concluye que sería mejor que el proletariado nada hiciera, aguardando el día de la liquidación general, el juicio final!))

*Bakunin:*

Mediante nuestra polémica...

*Marx:*

((Que, por supuesto, apareció antes de mi libro contra Proudhon, que el *Manifiesto comunista* y hasta que Saint-Simon)).

*Bakunin:*

...los forzamos a darse cuenta de que la libertad o la anarquía,

*Marx:*

((El señor Bakunin sólo traduce el anarquismo de Proudhon y de Stirner a un absurdo dialecto tártaro)).

*Bakunin:*

...es decir, la libre organización de los obreros desde abajo hacia arriba,

*Marx:*

((¡Estupidez!))

*Bakunin:*

...constituye el objetivo último del desarrollo social, y de que todo Estado, incluso su propio Estado popular, es un yugo que implica, por un lado el despotismo, por otro, la esclavitud.

(En esta parte se interrumpen las *Glosas*...)

### NOTA SOBRE LAS OBSERVACIONES ESPARCIDAS

Las observaciones antes traducidas se concentran en unas cuantas páginas en las notas de Marx. Pero intercaladas entre el extenso resumen ruso de la obra de Bakunin hecho por Marx, se encuentran también esparcidas observaciones que no parecen acreditar la reproducción en detalle. En su mayor parte son peyorativas o sólo filológicas. Unas cuantas presentan mayor interés general y se sintetizan a continuación.

Replicando a la pretensión de Bakunin respecto a la necesidad de ideales y convicciones firmes en la justicia de la propia causa para la revolución, Marx observa con sarcasmo que sólo constituyen la verdadera fórmula para hacer la revolución, pero aunadas a la miseria y al desengaño (o incredulidad).

Marx ataca a Bakunin por ignorar en su libro a la nación burguesa más poderosa: Inglaterra; por considerar el Renacimiento como mero movimiento religioso; por aplicar el concepto “burgués” a la Edad Media y al capitalismo.

Marx responde al aserto de Bakunin referente a que Holanda, Inglaterra y después Norteamérica, crearon un nuevo tipo de civilización que, aunque burguesa en el aspecto económico, por sus tenencias constituye una civilización “anti-Estado”, observando que esto resulta característico de Bakunin: para quien el verdadero Estado capitalista es “anti-Estado”.

Por último, Marx ataca las tendencias niveladoras de Bakunin y lo acusa de querer sumergir a toda Europa hasta el nivel de un “vendedor de ratoneras”.

### ACOTACIONES AL LIBRO DE BAKUNIN

*El Estado y la anarquía*<sup>1</sup>

KARL MARX

*[Por ejemplo, la vulgar masa campesina, la plebe campesina, que, como es sabido, no goza de las simpatías de los marxistas y que se halla en el más bajo nivel de cultura, será gobernada probablemente por el proletariado urbano y fabril].*

Esto significa que allí donde el campesino existe todavía en masa como propietario privado, donde incluso forma una mayoría más o menos considerable, como en todos los Estados occidentales del continente europeo, donde este campesino no ha desaparecido, remplazado por jornaleros agrícolas, como en Inglaterra, ocurrirá lo siguiente: o se dedica a obstaculizar toda revolución

---

<sup>1</sup> El presente y muy breve texto, constituye la editada y muy sesgada versión puntual de las glosas marginales de Marx, dadas a conocer por la moscovita Editorial Progreso y que se puede localizar en la versión castellana de las *Obras Escogidas* de K. Marx y F. Engels en tres tomos, preparada por el Instituto de Marxismo-Leninismo adjunto al CC del PCUS (Editorial de Literatura Política del Estado, Moscú, 1966). *Vid.* Tomo II, pp. 434 y 435. Se incluye con fines comparativos con la anterior versión independiente más extensa y precisa, aunque también incompleta, hasta que la auténtica versión definitivamente completa, un día, se publique para despejar todas las dudas sobre el contenido y sentido real del texto marxiano. Se encorchetan y van en cursivas las afirmaciones bakuninianas comentadas por Marx.

obrera hasta hacerla fracasar, como ha ocurrido hasta ahora en Francia, o el proletariado (pues el campesino propietario de su tierra no pertenece al proletariado, y, si por su situación pertenece, no cree formar parte de él) tiene que adoptar como gobierno medidas encaminadas a mejorar inmediatamente la situación del campesino y que, por tanto, le ganen para la revolución; medidas que lleven ya en germen el tránsito de la propiedad privada sobre el suelo a la propiedad colectiva y que suavicen este tránsito, de modo que el campesino vaya a él impulsado por móviles económicos; pero no debe acorralar al campesino, proclamando, por ejemplo, la abolición del derecho de herencia o la anulación de su propiedad; esto último sólo es posible allí donde el arrendatario capitalista ha desplazado al campesino y el verdadero labrador es tan proletario, tan obrero asalariado como el obrero de la ciudad y donde, por tanto, tiene *directamente*, no indirectamente, los mismos intereses que éste; aún menos se debe fortalecer el régimen de propiedad parcelaria, agrandando las parcelas por la simple anexión de las grandes fincas a las tierras de los campesinos, como en la campaña revolucionaria de Bakunin.

*[O, si enfocamos el problema desde el punto de vista nacional, nos imaginamos, por la misma razón, que para los alemanes, los eslavos seguirán hallándose, respecto a un proletariado alemán triunfante, en la misma sumisión servil en que éste se halla hoy respecto a su burguesía (pág. 278).]*

¡Qué estupidez de escolar! Una revolución social radical se halla sujeta a determinadas condiciones históricas de desarrollo económico; éstas son su premisa. Por tanto sólo puede darse allí donde, con la producción capitalista, el proletariado industrial ocupe, por lo menos,

una posición importante dentro de la masa del pueblo, y, para tener alguna probabilidad de triunfar, tiene que ser, por lo menos, capaz de hacer inmediatamente por los campesinos, *mutatis mutandis*, tanto como la burguesía francesa, en su revolución, hizo por los campesinos franceses de aquel entonces. ¡Hermosa idea la de que la dominación de los obreros lleva consigo la esclavización del trabajo agrícola! Pero aquí es donde se revela el pensamiento íntimo del señor Bakunin. Decididamente él no comprende nada de la revolución social; sólo conoce su fraseología política; para él no existen las condiciones económicas de esta revolución. Como hasta aquí todas las formas económicas —desarrolladas o no— implicaban la esclavización del trabajador (sea obrero, campesino, etc.), cree que en todas ellas es igualmente posible la *revolución radical*. Más aún: pretende que la revolución social europea, basada en los fundamentos económicos de la producción capitalista, se lleve a efecto sobre el nivel de los pueblos rusos o eslavos dedicados a la agricultura y al pastoreo y no rebase este nivel, aunque comprende que la *navegación marítima* establece una diferencia entre hermanos, pero sólo la *navegación marítima*, por ser ésta una diferencia que todos los políticos conocen. La base de su revolución social es la *voluntad* y no las condiciones económicas.

# NUEVA INCURSIÓN CONTEMPORÁNEA EN LA CONTROVERSIA POLÍTICA ENTRE KARL MARX Y MIJAÍL BAKUNIN

ALFREDO VELARDE

## I. RAZONES PARA UNA NUEVA INCURSIÓN EN LA POLÉMICA

Mucho ha sido el ruido que a querer o no parece haber presidido, en menoscabo de la comprensión, al auténtico diálogo de sordos que desde el tiempo de la Internacional estuvo significado por la bilateral y compartida parcialidad de enfoques que tanto comunistas como anarquistas, por igual, exhibieron en forma por demás desnuda, alrededor de sus múltiples controversias divergentes, en cualquier caso, a cual más importantes. Sus ecos, nos guste o no, persisten en el presente y se nutren de la deuda emancipadora de que una y otra perspectivas revolucionarias son, todavía, históricamente deudoras ante los movimientos contrasistémicos y anticapitalistas del presente.

Esto es así tanto por el mantenimiento recrudescido del cada día más inviable capitalismo superviviente que prometieron coadyuvar a destruir (y que hasta hoy, ni juntas, ni separadamente, lograron finiquitar); como por el estruendoso fracaso que representó el despropósito realizador de la torpe y contraproducente *disutopía estatista autoritaria*, representada por las extintas experien-

cias mal llamadas *socialistas* del pasado y cristalizadoras de un *sui generis* capitalismo de Estado en la URSS, China, el Este Europeo, etcétera.

Una controversia central, en tal sentido, que ejemplarmente simboliza los permanentes desencuentros entre comunistas y anarquistas, al seno del pensamiento y la acción político-militante revolucionaria anticapitalista, lo constituye precisamente la contenida en las *Glosas marginales a la obra de Bakunin El estatismo y la anarquía*, de Karl Marx, que ahora nos complace ofrecer al lector mexicano, los intelectuales y activistas revolucionarios interesados en el tópico por los apasionantes alcances que tal diferendo cardinal arraigó al seno de las filas revolucionarias durante el último tercio del siglo XIX, a lo largo del XX que concluyó, pero que también está condenado a reaparecer e incidir, de nueva cuenta, en el curso de las luchas de clases del presente, así en nuestro país, como en el capitalismo maduro de la globalidad excluyente y contemporánea propia del nuevo siglo XXI.

El *debate Bakunin-Marx*, indudablemente, configuró uno de los episodios más ilustrativo por doloroso en la historia de los desencuentros para las ideas y las luchas revolucionarias de los explotados y oprimidos entre las dos vertientes más importantes e influyentes del movimiento anticapitalista histórico, y que, siendo filialmente hermanas por su procedencia originaria en lo que a su *finalidad* última se refiere —*la conquista de la plena e integral emancipación humana*—, empero nunca lograron comulgar en la *identidad de medios* capaces de dar cima esforzada a su mancomunado pero dividido esfuerzo histórico-universal por destruir al capitalismo y acceder, con ello, a una forma *económico-política* y también *convivial* (el socialismo consecuente) de existencia alternativamente liberadora, diferente y mejor

para las y los trabajadores, y con ello, de la propia sociedad considerada en su conjunto.<sup>1</sup>

El disenso protagonizado entre estos dos notables revolucionarios referenciales de sus respectivas corrientes político-ideológicas, cada uno de los cuales expresó, a su modo, la forma más madura a que podían refinadamente acceder las vertientes comunistas y anarquistas del movimiento proletario internacional para orientar el curso del combate de clase en las postrimerías del siglo XIX contra el capitalismo industrialista, entonces en vigorosa expansión, infortunadamente parece haber sido uno de los factores que concurrió y sirvió, más para escindir y debilitar con ello los esfuerzos generales de lucha contra el capital, que para alcanzar el verdadero triunfo revolucionario tan anhelado y que sigue pendiente de materializarse en su coherente y diferida realización histórica objetiva, justo cuando más necesario resulta: nuestro tiempo.

¿Por qué, entonces, una nueva incursión contemporánea en una controversia, tal vez para algunos enterra-

---

<sup>1</sup> Decimos que el desencuentro fue doloroso por la catadura ética y moral de sus importantes protagonistas y porque, nacidas las perspectivas anarquista y comunista como legítimas pulsiones emancipadoras durante el mediodía del siglo XIX, ambas concepciones coincidieron en un idéntico objetivo común: destruir la sociedad capitalista y erigir sobre sus ruinas una diferente organización social alternativa donde quedara desterrada, definitivamente, tanto la *esclavitud económica* explicable por la existencia de la *propiedad privada* sobre los medios de la producción, cuanto la *esclavitud política* evidenciada por la existencia de todo *Estado de clase* invariablemente contrapuestos a los genuinos y autónomos intereses autogestionarios de la amplia colectividad social críticamente pensante y actuante. Sobra agregar aquí, la rotunda actualidad contemporánea de tales propósitos, razón que explica nuestra afirmación inicial sobre el *adeudo emancipatorio* que permanece sin saldarse de parte de ambas perspectivas revolucionarias anticapitalistas.

da en el basurero de una historia además singularizada por la dolorosa acumulación de derrotas?

En principio, porque la polémica, en cuanto tal, nunca quedó saldada en forma inequívocamente definitiva. Pero en segundo lugar —razón primordial—, por el central motivo que dimana del hecho de que la polémica de entonces entre Bakunin y Marx acaso pueda y deba servirnos hoy, en este desgarrado tiempo histórico, para mirar la sustantiva y apasionante controversia con otros ojos y un diferente talante capaz de refuncionalizar la necesaria renovación actualizada de las concepciones y las prácticas para una lucha revolucionaria, honesta y radical, capaz de hacer estallar en mil pedazos un capitalismo que, si de un lado resulta imposible de embellecer por el dantesco recrudecimiento de sus tan conocidas como padecidas contradicciones inmanentes a él; de otro lado, el estrepitoso fracaso en la fatal edificación de eso que muchos —con gran miopía doctrinal— los hizo devenir víctimas cautivas de un espejismo a través del cual creían estar contemplando —tras la Revolución de octubre— el socialismo realizado, justo cuando, en realidad, a lo que se asistía con veracidad era a un perverso ejercicio de grosera suplantación histórica mediante un ferozmente atrabiliario sustituto fatal extraviado de todo genuino socialismo emancipador: el modelo de economía estatal centralmente planificado, heterónoma y burocráticamente gestionado contra los trabajadores, mientras muchos suponían, hundidos en un franco dislate, cuando no devenido en costoso desplante cómplice, que dicho Estado “representaba a los trabajadores en su régimen de transición al comunismo”.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Cae de suyo la manifiesta necesidad de combatir el pensamiento conservador de la derecha sistémica del presente, cuando encuentra singularmente *placentera* la amplificación *ad nauseam* de una de

Mal que le pese a la convencional ideología “marxista-leninista” de horizonte limitado, en muchas expresiones de ella misma incluso ahora refocilada en un lamentable dogmatismo remiso, el tiempo transcurrido y la historia parecen haberle dado la razón, al menos en este punto a Bakunin y los anarquistas, quienes casi medio siglo antes del temidor burocrático estaliniano, habían previsto, con asombrosa y meridiana precisión, lo que ocurriría en caso de que un presunto Estado rojo se sustentara en el poder y generara intereses propios distintos a los de la gente común, obliterando con ello, en forma conculcatoria y por la vía de los hechos, las reales posibilidades de un auténtico autogobierno de los trabajadores, genuinamente autónomo en lo político y autogestionario desde una nueva perspectiva económica para lo social.

De manera que nuestra es la opinión de que la importancia ancilar contenida en la controversia Marx-Bakunin, está sin duda anclada al hecho de que, en ella,

---

las más consolidadas mentiras históricas de la actualidad en el imaginario de la gente, y según la cual, “socialismo ya hubo y terminó mostrando tanto su impertinencia cuanto su evidente inviabilidad”. Por nuestra parte, en sentido contrario a tal ficción propia de una metafísica digna de la turiferaria sociología burguesa, somos de la idea de que ni fueron genuinamente socialistas las experiencias vividas en los Estados-nación que se reivindicaron como tales durante el siglo XX, ni que con el socialismo, en tanto que alternativa emancipadora, lo que procede hacer es lo que de ordinario ocurre con la bañera una vez ahogado el niño: itirarlo junto con el agua sucia! Creemos que un socialismo auténtico, concebido como verdadero régimen de transición histórico entre el capitalismo por derrotar y la futura sociedad sin clases (comunista o anárquica, según la perspectiva desde la que se contemple el proceso a transitar), de alcances libertarios, resulta más vigente y necesaria que nunca antes, precisamente porque, hasta hoy, no se ha ensayado a cabalidad.

se encuentran en forma sintética insinuados, y de modo por demás elocuente, muchos de los elementos programáticos que se deben esclarecer en la renovada lucha revolucionaria anticapitalista que se librará en este desgarrado presente, cuyo telón de fondo no es otro que aquel singularizado por el decadente capitalismo-maduro del siglo XXI, en el que concluyó por sentar sus reales la rotunda *crisis de civilización* que parece habitarlo todo y que anticipa, fehacientemente, la fáctica posibilidad de ingreso pleno en la barbarie que con tanto tino anticipador, por ejemplo, supo entrever con filo crítico desde su tiempo la brillante revolucionaria espartaquista polaco-alemana Rosa Luxemburgo.

## II. LA PERTINENCIA DE CONOCER LAS GLOSAS MARGINALES

La versión de las marxistas *Notas marginales sobre la obra de Bakunin, El estatismo y la anarquía*, que ahora tiene el lector en sus manos —aunque de manera fragmentada— es, hasta donde lo hemos podido investigar en nuestra pesquisa, apenas la segunda edición independiente en castellano que se conoce en México.<sup>3</sup> Decimos que la segunda, si se exceptúa la desfigurada versión ofi-

<sup>3</sup> La primera a la que aludimos, ni siquiera editada en México, corresponde a la austera y por sus erratas deficiente versión que diera a conocer en forma independiente y en español la colombiana y al parecer ya desaparecida Editorial Controversias. Hemos cotejado esta versión de 1973 y hemos decidido recuperar el importante estudio introductorio elaborado durante octubre de 1959 en Sydney, por Henry Mayer, intitulado: "Marx sobre Bakunin: un texto negligido". De aquella edición colombiana, si acaso, llegaron a México algunas decenas de ejemplares, los cuales fueron prácticamente desconocidos en la escena político-militante en nuestro país, no obstante su indubitable importancia.

cial extraviada en las falseadas *Obras Escogidas* de Marx y Engels —tampoco editadas en México—, producida por ese peculiar seudomarxismo de pesadilla y que flaco favor le hizo a un texto del padre de la crítica de la economía política que hubiera merecido mejor destino y que, todavía hoy, en su integralidad, permanece inédito. Hasta nuestros días, su contenido íntegro, sigue siendo —en forma intrigante— una inmensa incógnita.

Ésta, que sin duda es una mala noticia, rinde al menos parcialmente cuenta explicativa —también en el ámbito editorial— del largo y regresivo periodo de hibernación del cual apenas viene saliendo el pensamiento crítico, después de más de treinta años de rampante neoliberalismo económico capitalista depredador y tras los casi ya cinco lustros postreros a la caída del Muro de Berlín, con la ulterior y consecuente desintegración del "campo socialista" de antaño que supuso tal acontecimiento que representa un parteaguas en la reciente historia contemporánea.

Por el notable texto de Henry Mayer que reproduce e inicia la presente edición, sabemos que fue David Riazanov quien publicó el manuscrito en los *Anales del marxismo*.<sup>4</sup> Es ahí y no en otro lugar donde se encuentran tanto los extractos como los comentarios originales en ruso que hiciera Marx al importante libro de Bakunin, en una sorprendente y por demás atenta lectura de su adversario doctrinal, hecho que parecería desautorizar muchos de los más duros juicios políticos, intelectuales y hasta morales que Marx hiciera sobre el revolucionario ácrata.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> *Leotopisi Marksizma*, Moscú, tomo II, 1926, pp. 60-102.

<sup>5</sup> ¿Por qué desautorizar? Porque cuando se publicara la primera edición de *Estatismo y anarquía* (1873), lo más álgido de la dura



El asunto es digno de mención aquí porque permite contrastar el antagónico temperamento del agudo filósofo y economista alemán respecto del incendiario libertario y agitador internacionalista eslavo. A diferencia de Marx, para quien las desavenencias políticas invariablemente tendieron por su propio temperamento a devenir en claros asuntos de animadversión personal; en Bakunin, por el contrario, la naturaleza antagónica de su *socialismo libertario contraestatal* frente a los postulados marxistas, como en el caso de la polémica noción de “dictadura del proletariado”, o frente al esencial tópico referido al “periodo de transición”, raramente lo condujeron a escatimarle los méritos políticos y la imperecedera importancia de Marx para la causa socialista internacional.

Por tanto, pensamos que no incurrimos en una exageración al afirmar que, mientras que Marx hizo todo lo posible por destruir y desprestigiar a Bakunin, como resultado del Congreso de La Haya y por la —a sus ojos— ominosa publicación sobre *La Alianza*, sacada a la luz en el verano de 1873, Bakunin siempre supo diferenciar entre el reconocimiento intelectual que con oportunidad externó sobre el penetrante filósofo dialéctico y el preclaro científico de la economía que fue Marx, y sus duras y acrimónicas críticas sin contemplaciones contra un hombre —a su juicio— pagado de sí, soberbio e intri-

---

controversia política entre su autor y Marx ya había acontecido y el grupo afín a él había considerado saldada la cosa, mientras Marx mismo solía repetir que “Bakunin no era sino un ignorante”. Entonces: ¿no parece extraño que Marx se embebiera con la lectura de Estatismo y anarquía, dedicándole días y días enteros a estudiar y tomar notas de la obra, mientras *El capital* demandaba un finiquito definitivo que nunca llegó salvo en su tomo I? ¿Era sincera la opinión de Marx frente a uno de sus más formidables adversarios revolucionarios?

gante contra los puntos de vista diferentes a los suyos al seno del movimiento obrero internacional. A guisa de ejemplo, en una carta de Bakunin a Herzen fechada en Ginebra el 28 de octubre de 1869, el célebre ácrata le respondía a Herzen —con quien había reñido por presuntas “concesiones” a Marx— aclarándole a su amigo también exiliado su propia postura sobre el real papel de Marx para la historia del movimiento obrero revolucionario. En esa carta escribió Bakunin:

He aquí mi respuesta en lo que concierne a Marx: sé también como tú que Marx nos debe tanto como los demás, y que además es el causante y el instigador de todas las atrocidades cometidas con nosotros. ¿Qué por qué le he destacado a pesar de ello? Por dos razones, Herzen. *La primera es la justicia*. Si prescindimos de todas las atrocidades que ha cometido con nosotros, no debemos ocultar —por lo menos yo— sus extraordinarios méritos en pro del socialismo, al que desde hace casi veinticinco años está sirviendo con inteligencia, energía y fidelidad y en lo que sin ningún género de duda nos supera a todos nosotros. Fue uno de los primeros, podríamos decir el principal fundador de la *Asociación Internacional* (...) es sin lugar a dudas un hombre muy útil (...) Representa aquí uno de los soportes más seguros, influyentes e inteligentes del socialismo; uno de los más seguros diques contra la infiltración de cualquier tendencia o aspiración burguesa.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> La carta proviene de la extraordinaria compilación de documentos de amplio valor histórico para comprender las complejas relaciones que Marx y Engels tuvieron con sus contemporáneos, afines y distantes, emprendida con agudeza por Hans Magnus Enzensberger en sus *Conversaciones con Marx y Engels*, en dos tomos, Editorial Anagrama, Tomo I, Barcelona 1973, p. 306. Diseminados en ambos volúmenes, aparecen repetidamente referencias y pronunciamientos de Bakunin, sea en cartas o en documentos de mayor número de

El fuerte valor simbólico de la carta de Bakunin, como puede percibirse, radica en la perla de objetiva sinceridad y de evidente honestidad intelectual, no obstante la fuerte disonancia entre sus puntos de vista y los de Marx respecto a un conjunto de asuntos torales para la perspectiva revolucionaria de los trabajadores. Salvo un claro reconocimiento temprano que Marx hiciera de Bakunin en *La cuestión judía de 1844-1845*, los elogios de Marx a los incontrovertibles méritos revolucionarios de Bakunin, casi como una constante, brillan por su ausencia, mientras que los desplantes de animadversión contra el ruso son numerosos y casi de una recurrencia chocante.<sup>7</sup> En cualquier caso, mucho de lo anterior sería pasto de un vulgar cotilleo o algo meramente anecdótico si no fuera porque las fragmentadas *Notas marginales...* que aquí se reproducen, serían por supuesto impensables sin *Estatismo y anarquía*, texto mayor de Bakunin y que, a decir de ese auténtico “Herodoto del anarquismo” que fuera Max Nettlau, no existió en Europa desde 1873 a 1919 más que en una edición en solitario, además de la rusa que leyó Marx.<sup>8</sup>

---

lectores, respecto de Marx (Cfr., p.ej. *MEW* pp., 16, 339-341; 32, 234-237, 242-243, 587).

<sup>7</sup> Muchos miembros de la Internacional, tanto comunistas como anarquistas, por ejemplo, en su momento expresaron su desazón de que la cosa entre Marx y Bakunin se escalara a los inusitados niveles que llegó, tratándose de dos revolucionarios. Fue el caso del respetado delegado anarquista español, Anselmo Lorenzo quien dijo: “Si lo que Marx ha escrito de Bakunin es cierto, Bakunin es un infame, y si es falso, es Marx quien lo es; no hay término medio posible: los ataques y acusaciones que he oído son demasiado graves”. En Arthur Lehning. *Conversaciones con Bakunin*. Editorial Anagrama, Barcelona 1978, p. 287.

<sup>8</sup> Una edición relativamente reciente aparece en el volumen 5, de Ediciones Júcar, Madrid 1976, acompañada del magnífico y erudito prólogo del historiador del anarquismo Max Nettlau.

Por tanto, creemos que la pertinencia de conocer esa auténtica rareza bibliográfica que son las *Glosas marginales...* estriba en los profundos asuntos de contenido que, en el presente, no están en modo alguno resueltos para el dibujo prefigurativo del programa revolucionario y la acción militante de los trabajadores organizados y en lucha consciente por la destrucción del capitalismo, así como de las vías y modalidades constructivas del socialismo que se precisa para materializar el régimen de transición anticapitalista, así como la insumisa alternativa emancipadora. Asuntos, pues, como los de la sociedad en transición, la cuestión campesina, el Estado, el polémico asunto del poder (¿aspirar a él o destruir todo poder heterónimo creador de relaciones de subalternidad?), etc., se encuentran entreverados con el otro elemento esencial que el propio Bakunin perfilaría sobre la posibilidad emergente de una clase intelectual (burocrático-tecnocrática) y usufructuante heterogestionaria de las siempre mal llamadas “revoluciones socialistas”, parecen poner en el tapete de la evidencia empírica la necesidad y conveniencia contemporánea de abreviar en las *Glosas marginales...* así como de conocer *Estatismo y anarquía*.

### III. MARX: ¿TEÓRICO DEL ANARQUISMO?

Un tercer asunto nada colateral, sino esencialmente decisivo, que debiera de interesar a quienes se introducen por vez primera en las *Glosas marginales...* dimana de la necesidad de esclarecimiento, en Marx, sobre ese adeudo y pendiente mayor nunca desarrollado en su inconclusa obra cumbre, *El capital*, que resulta digno de ser abordado brevemente aquí. Se trata, precisamente, de la cuestión del Estado. Una relevante y sintomática

pista interpretativa del asunto, tiene que ver con el lúcido texto de Maximilien Rubel, titulado precisamente así: *Marx, teórico del anarquismo*.<sup>9</sup> Se trata de un texto de magnífica factura elaborado en 1973, en el que se retoma el inicial proyecto marxiano por reconstruir científica y críticamente su *Anatomía de la sociedad burguesa*.

El mérito de Rubel estriba en recuperar el hecho, documentado profusamente en su texto, de que la intuitiva crítica de Marx al Estado fue un producto directamente filosófico de juventud. La *Crítica de la filosofía hegeliana del Estado* (1843) y *La cuestión judía* (1844-45) constituyeron los ámbitos en donde quedaron registrados, por ejemplo, sus primeros cuestionamientos del Estado y el dinero. La importancia de sus resultados, a no dudarlo, fueron mayores en razón a que condujeron a Marx, por primera vez, a contemplar la posibilidad de una sociedad emancipada de cualquier autoridad política (tesis clásicamente anarquista), asunto que naturalmente lo condujo a ponderar la ineludible necesidad de encarar la crítica del sistema económico sustentante de tan odiosos fundamentos materiales del Estado. Marx estaba en esos momentos en los prolegómenos de lo que más tarde sería su *Crítica de la economía política*, y cuyo referente sustantivo fue, 22 años después, el primer tomo de *El capital*.

Si advertimos que su primer plan de abordaje científico-crítico de la economía —ya enunciado en la *Introducción a la crítica de la economía política*—, contemplaba el ambicioso plan de seis libros (Capital, Propiedad de la tierra, Trabajo asalariado, Estado, Comercio exterior y

<sup>9</sup> Artículo contenido en el libro de Maximilien Rubel, *Marx sin mito*. Ediciones Octaedro, S. L. 2003. Existe liga electrónica en Google.

Mercado mundial), es evidente que no le alcanzó la vida para concluir tan portentosa tarea. Uno de los varios y muy importantes adeudos que Marx legaría a la posteridad fue, precisamente, su reflexión mayor sobre el Estado. Tras la lectura del texto de Rubel, nuestra conjetura es la de que fue el inexistente el “Libro sobre el Estado” (que Marx siempre tuvo en mente desarrollar), lo que explicaría, al menos en parte, el agudo interés y la atenta lectura que le produjo la edición bakuninista de *Estadismo y anarquía*, un tópico, por cierto, en el que no gozaba de las mismas ventajas cognoscitivas que tenía en el ámbito de la economía para su inveterada polémica contra los anarquistas.

Aunque en público Marx se mofara de los libertarios y los defenestrara con fruición, es evidente que el trabajo de Bakunin le produjo gran sorpresa y le despertó un supremo interés por cuanto se trata, con ella, de una obra mayor que seguramente ponderó como fuente bibliográfica esencial para nutrir su propia investigación del Estado —aunque también para alimentar la controversia— en desarrollo. Dada la gran inteligencia de Marx,<sup>10</sup> en su fuero interno debió reconocer en silencio y para sí mismo que su animadversión contra Bakunin, en lo profundo, no descansaba en un conocimiento serio e informado sobre sus profundas y trascendentales ideas, muy alejadas de la distorsionada *imagología* negativa que contribuyó a edificar sobre su efímero compañero de lucha, y luego, formidable adversario político. ¿No es acaso éste un sustantivo motivo adicional para nutrir nuestra curiosidad sobre las *Glosas marginales...* y

<sup>10</sup> Aunque no tanto su debilitado ánimo para practicar la *auto-crítica*, ¡mucho menos si se trataba de ejercerla precisamente ante los anarquistas!

de las que, empero, tengamos que seguir lamentando su brevedad y además su inconcluso carácter fragmentario?<sup>11</sup>

#### IV. SOBRE LA NUEVA CLASE DE “CIENTÍFICOS-SOCIALES”

Un relevante punto final inmerso en la controversia entre Bakunin y Marx, sobre el que queremos pronunciarnos aquí, es aquel referido a la centralidad de la cuestión alusiva a las fuentes —dicho sea en plural— de las que emanan condiciones estructurales capaces de generar relaciones coactivas de subalternidad entre gobernados y gobernantes contrarias a toda emancipación social, desde el momento mismo en que éstas se han expresado, históricamente, una y otra vez, como auténticos factores creadores de poder y, con ello, de dominio y autoridad de unos (las minorías privilegiadas por su riqueza o saber), sobre los demás (las mayorías sobre quienes se ejerce un poder o principio de autoridad que las somete).<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Dice Rubel, sobre el proyectado libro de Marx sobre el Estado, que: “La teoría del anarquismo encontraría en Marx su primer reconocido promotor, sin necesidad de aportar la prueba indirecta. El equívoco del siglo que es el marxismo, ideología de Estado, nació de esta laguna; ella es la que ha permitido a los amos de un aparato de Estado bautizado socialista colocar a Marx entre los adeptos de un socialismo o un comunismo de Estado, e incluso de un ‘socialismo autoritario’”. *Op. cit.*, p. 3. Aunque la afirmación de Rubel, por motivos diferentes, pueda incomodar por igual, tanto a comunistas como anarquistas, es de gran utilidad para ponderar la posibilidad de un verdadero y “muy otro Marx” antiestatal y autogestionario (como el de *La guerra civil en Francia*), y que por cierto no es el que aparece en las *Glosas marginales...*

<sup>12</sup> El texto de Henry Mayer que acompaña la presente edición de las *Notas marginales...* resulta notable en razón de que recupera

De ordinario y tradicionalmente, la perspectiva marxista ortodoxa tendió, en general, a privilegiar aquella postura que solía considerar en exclusivo a la *propiedad privada* sobre los medios de la producción (*fuerza apropiativo-material*) como el único factor estructural realmente valedero para —una vez destruida la propiedad privada merced a la efectiva *socialización de los medios productivos*— lograr, al fin, resolver el extendido problema de la amplia desigualdad social expresada en la asimétrica contradicción antagónica principal existente entre propietarios capitalistas privados y *desposeídos proletarios* sometidos a la dura condición del *salariado*.

El mérito de la intuición anarquista de Bakunin en la controversia con Marx, contenida en *Estatismo y anarquía*, radica entonces en su intuitiva capacidad de atisbar —a diferencia del padre de la crítica de la economía política— en la existencia dentro del plexo de extendidas contradicciones sociales que todo capitalismo supone, no de *uno y sólo un factor causal desencadenante* de asimétricas *relaciones de subalternidad* (como la propie-

no sólo la pertinente *intuición bakuninista* sobre los riesgos de sustantivación burocrática y/o tecnocrática de los intelectuales en el poder una vez *estatizados* —que no *socializados*— los medios de producción, potente argumento éste desdeñosamente descalificado por Marx, sino porque Mayer incorpora productivamente intervenciones en tal dirección, incluso al seno mismo de las filas marxistas, como en el caso emblemático de Max Podolski —quien teorizara el asunto bajo el seudónimo de Max Nomad—, o en el caso del polaco Waclaw Machajski. Otros autores después, tanto comunistas como Milovan Djilas, Anton Pannekoek, Bruno Rizzi, Marc Paillet, Iván Szelenyi, Alvin W. Gouldner, Rudolf Bahro y el notable caso de Enrique González Rojo en México, y anarquistas varios como Nico Berti y Luciano Pellicani (por mencionar apenas a algunos), además de Bakunin, se interesaron por el hecho, con resultados diferentes, dada su toral importancia que de nada sirve minimizar en la controversia de marras.

dad privada material del capital y sus medios), sino de un conjunto de factores adicionales, como lo es la misma *propiedad privada del conocimiento* (fuente apropiativo-intelectual), fenómeno que le confiere a quienes detentan el saber —por instrucción, cultura o linaje—, una específicamente distinta modalidad privilegiada de *poder especial*, originada no ya en la propiedad privada material de los medios productivos, sino en la propiedad privada cognoscitiva de la que los demás —por ejemplo, los *trabajadores manuales*— se ven desprovistos, y por ende expropiados, tanto de la propiedad privada material como de la propiedad privada del conocimiento o de la posesión inmaterial de eso que algunos ya han definido antes que nosotros, y muy bien, como los *medios intelectuales de producción*.<sup>13</sup>

La verdad esencial que los anarquistas siempre han esgrimido en el centro de sus argumentos político-libertarios, consiste en su correcta y perenne denuncia en contra de todo riesgo implicado en la sustantivación (*burocrática y/o tecnocrática* e incluso *plutocrática*) de todo poder heterónimo desde el cual se ejerza —contra todo consenso social— el *principio de autoridad*, con total independencia de si la condición de privilegio gestor desde el poder de unos cuantos, sobre el extendido conjunto social de los demás, dimane o sea ejercido por la propiedad privada material o por la apropiación privada del conocimiento y el saber.

En la controversia con Marx, Bakunin se reveló visionariamente como un agudo y anticipatorio pionero del

<sup>13</sup> En nuestro país es el caso encomiable de Enrique González Rojo, sobre todo en dos de sus libros: *La revolución proletario-intelectual*, Editorial Diógenes, México, 1981; y en *Epistemología y socialismo, la crítica de Sánchez Vázquez a Louis Althusser*, Diógenes-Universidad Autónoma de Zacatecas, México, 1985.

mismo argumento tan desdeñado en las *Notas marginales...* por el sabio de Tréveris, para quien así como “el ejercicio del poder genera intereses”, en el mismo sentido, aunque la así denominada “dictadura del proletariado”, tan acendradamente preconizada contra la desigualdad como receta infalible por el comunismo estatal, a través de la socialización de los medios de la producción material,<sup>14</sup> dejaría, empero, una ancilar asignatura pendiente: la socialización del poder que devendría, así y por ello, en objeto de una nueva monopolización en las extrañas manos de sujetos y actores políticos diferentes a quienes, presuntamente, se verían “representados” por un nuevo y coactivo poder gubernamental.

Todavía hoy, por lo demás, son muchos entre las izquierdas militantes ortodoxas e incluso los “científicos sociales” quienes se oponen con cerrazón a la ponderación económico-sociológica de los intelectuales como potenciales encarnaciones anticipadoras, una vez derrotado el capitalismo privado, capaces de cristalizar en una nueva clase social ascendente (en el sentido apropiativo-intelectual de la expresión). Quienes se oponen a ello, fundamentalmente, lo hacen por creer o suponer que los intelectuales son la simple expresión de una “su-

<sup>14</sup> Ejercicio que, por cierto, en los siempre mal llamados “países socialistas” nunca se ensayó coherentemente —ni siquiera en la *ti-toísta* hoy ex Yugoslavia—, pues homológicamente y en forma invariable siempre se confundió *nacionalización* y *estatización*, con la *socialización de los medios de la producción material y el cambio*. En la URSS del pasado, por ejemplo, se *nacionalizaron* y *estatizaron* los medios productivos, sí, pero *nunca se socializaron*, si por esta noción se comprenden las soberanas potestades de los colectivos de trabajadores expresados en el *control obrero*, o lo que es igual, la consciente y deliberada *autogestión técnico-productiva* por parte de los productores directos sobre los medios de la producción material.

perestructura” más del capitalismo mismo, o un estamento y aun cierto sector de clase, pero no una suerte de clase social *sui generis* que madurará en el futuro, como la que sospechó con milimétrica precisión, desde su tiempo histórico, ese *demonio de la revuelta* que fue Bakunin.

Un agudo investigador de tal tópico, diferente a la perspectiva libertaria y en más de un sentido heredero en línea directa de la tradición intelectual procedente de la Escuela de Frankfurt, Alvin W. Gouldner, respondía en forma anticipada contra quienes increparan el uso que él mismo hacía de la noción de “clase intelectual”, de la siguiente, revulsiva y brillante manera:

Hay quienes se espantarán (y hasta encolerizarán) de que a la *Nueva Clase* yo le llame una clase, y quienes insistirán en que no se trata realmente de una clase. Mi actitud ante esta cuestión es, si puedo decirlo así, más marxista que la de ellos. En primer término, les recuerdo que, puesto que Marx hizo poco por definir clase de manera formal y connotativa, me siento en libertad para no hacer de este asunto un problema escolástico. En segundo lugar, en la medida que hay en Marx un concepto claro de clase, parecería que para él una clase es el conjunto de aquellos que tienen la misma relación con los medios de producción. De igual modo, también yo sostendré que hay ciertos rasgos comunes en la relación de la *Nueva Clase* con los medios de producción y, en particular, con lo que llamaré capital cultural o capital humano. En tercer lugar, y por último, recordaré a quienes objetan el uso que hago de la voz “clase” que el *Manifiesto comunista* muestra un uso similar. Sostiene que el término puede ser aplicado propiamente a grupos históricamente tan diversos como los esclavos, los siervos, obreros calificados o burgueses, y evidentemente no limita el término “clase” a las sociedades capitalistas. Si los obreros calificados y los plebeyos pue-

den ser clases, entonces, sin duda alguna, los intelectuales y la *intelligentsia* pueden constituir una nueva clase.<sup>15</sup>

Como vemos, esta nueva incursión contemporánea en la controversia política entre Marx y Bakunin no tiene desperdicio teórico alguno en la medida en que reposa sobre un abultado caudal de candentes cuestiones teórico-prácticas todavía sin solución, y que ya están presentes de manera acuciante en las mismas *Glosas marginales...* Se trata, pues, de motivos y razones histórico-estructurales que le confieren toda su utilidad actual al rico ejercicio de leerlas bajo una nueva luz y perspectiva teórica, cosa que resulta ser un relevante quehacer para los revolucionarios anticapitalistas. ¿Por qué? Porque, como mayéutico ejercicio exploratorio trascendental para la ubicación de nuevas síntesis emancipatorio-discursivas, como las que se precisan hoy, han de servir para el aliento de las convergencias revolucionarias entre compañeros de lucha, aunque no se comulgue en todo, a fin de potenciar las activas resistencias y orientarlas hacia la definitiva emancipación social que tanto precisamos.

En las *Glosas marginales...* están, resumidamente, algunas de las principales convergencias y divergencias entre el comunismo de Marx y el anarquismo de Bakunin. Unas, entre ellas, a veces oscurecidas por las controversias de sus disensos; otras, empero, luminosas por las convergencias significativas entre dos orientaciones que, bien vistas, no son tan diferentes como algunos podrían suponer; pero tampoco, tan iguales como para no enriquecer constructivamente nuestros propios enfoques desde sus diferencias, en tanto imprescindible materia

<sup>15</sup> Alvin W. Gouldner, *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la Nueva Clase*, Alianza Universidad, núm. 256, Madrid, 1980.

prima teórica para el diseño de las nuevas alternativas que se tendrán que troquelar al calor de las luchas concretas que ya se libran y de la definitiva batalla ulterior que, luego, advendrá contra los mismos y comunes enemigos de clase: los capitalistas, su Estado de clase y sus gobiernos. Hemos querido reflatar esa, sin duda alguna, dolorosa divergencia entre estos dos portentos del pensamiento filosófico-político crítico anticapitalista de todos los tiempos, porque en la virtuosa combinatoria galvanizada de ese auténtico cóctel explosivo de pensamientos subversivos, está también una indubitable fuente de inspiración para lo que se debe hacer en el aquí y ahora, proyectado hacia el devenir: *la revolución*. De manera que hago votos en favor de una provechosa lectura de las *Glosas marginales*... ¡Que su lectura trascendental nos sea útil!

## HACIA UN NUEVO REDIMENSIONAMIENTO DE LA DISCUSIÓN ENTRE MARX Y BAKUNIN

VICENTE CAMPOS

Cuando revisamos la historia de la izquierda en el mundo, encontramos de manera descarnada los grandes logros alcanzados por las luchas sociales, pero también la lucha intestina que diferentes fuerzas sostienen de forma empecinada por mantener el control del movimiento.

Lo grave es que en la lucha por alcanzar ese control, se utilizan los medios más insensatos y deshonestos al grado de llegar a acabar con la vida de compañeros de lucha.

La hegemonía (entendida como el control de una posición sobre otra no importando los métodos y las tácticas que se tengan que desarrollar para arribar a la condición de devenir “hegemónico”) es la piedra angular sobre la que se levanta el gran atraso del movimiento de izquierda no sólo a nivel nacional, sino también internacional.

Rudi Dutschke, uno de los estigmatizados por el leninismo como “ultraizquierdista”, en su oportunidad señaló lo siguiente:

¿Qué podemos hacer si la verdad es desalentadora? ¿Si nos vemos obligados a constatar que la nueva izquierda (a pesar del desarrollo de las fuerzas sociales y comunistas de orientación autoritaria y antiautoritaria) se han metido,

aunque ella no lo admita frecuentemente, en un dilema sectario? Cree ser un sujeto que debe ser tomado históricamente en serio, sin darse cuenta que rápidamente se ha convertido ella también en un objeto histórico.<sup>1</sup>

Esta sobrevaloración de las organizaciones y corrientes de izquierda<sup>2</sup> sobre su papel histórico, procede en buena medida de los precursores del marxismo, pero fundamentalmente del leninismo.

Lenin es el principal defensor del partido político al cual considera la “vanguardia del proletariado”. Su concepción de los “jefes” está íntimamente ligada a esta definición del partido como “vanguardia”, lo cual le lleva a plantear en lo político el segregacionismo social (entre los “capaces” y los “no capaces”) que se presenta en el capitalismo y que divide en lo económico a los megaricos de los ultrapobres.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Dutschke, Rudi, *Lenin. Tentativa de poner a Lenin sobre los pies*, Icaria, Barcelona, 1976, p. 5.

<sup>2</sup> Una organización política es aquella en donde un conjunto de individuos comparten una estrategia y táctica comunes, además de que poseen una estructura organizativa definida con niveles que van de los simpatizantes, hasta los militantes. Una corriente política puede ser también un conjunto de individuos que poseen una estrategia y una táctica común sin ser una organización o tener lazos orgánicos; sólo se reúnen en situaciones circunstanciales o por encontrarse en un sector determinado de la lucha. Una organización, por lo tanto, es siempre una corriente política; una corriente política, empero, no siempre es una organización.

<sup>3</sup> Cfr., V. I. Lenin, *La enfermedad infantil del “izquierdismo” en el comunismo*, Editorial Progreso, Moscú, 1972. En este documento, ya Lenin afirma que: “...El Partido que convoca a congresos anuales (en el último fue un delegado por cada mil militantes), es dirigido por un Comité Central de 19 miembros, elegido en el Congreso; la gestión de los asuntos corrientes la ejercen en Moscú dos organismos aún más restringidos, denominados ‘Buró de Organización’ y

El hecho de que todas las organizaciones de izquierda pretenden ser “la vanguardia” implica que uno de los objetivos fundamentales de estas organizaciones es el alcanzar la hegemonía, ese control que permite hacer avanzar a una organización o a una corriente ya sea en relación con el crecimiento de sus adeptos (militantes) o con la adquisición de espacios políticos, sin importar que los fines perseguidos provoquen, en la mayoría de las ocasiones, el retraso del movimiento en su conjunto. Al sostener que “el fin justifica los medios”, se puede aplicar cualquier táctica aun en contra de los propios principios de una organización o corriente, llegando al grado de que se señale a los contrincantes políticos para que sean reprimidos, encarcelados o asesinados por los cuerpos represivos del Estado.

Por desgracia, esta ha sido la tónica de la izquierda internacional que se ha reproducido en nuestro país costándole a la oposición una atomización profunda y, lo más grave, la vida misma de diversos luchadores sociales.

Esta discusión que tiene una importancia nodal en la actualidad, detentó el mismo telón de fondo en la histórica disputa entre Bakunin y Marx.

El presente epílogo tiene la intención de demostrar que las diferencias entre Marx y Bakunin no se restringieron sólo al ámbito personal, sino que fundamentalmente tuvieron como motivo de fondo el control político

‘Buró Político’, que se eligen en sesiones plenarios del Comité Central. Nos hallamos por consiguiente, en presencia de una verdadera ‘oligarquía’. *Ninguna cuestión importante política o de organización es resuelta por cualquier institución estatal de nuestra República sin las indicaciones rectoras del Comité Central del Partido*” (pp. 33 y 34, cursivas nuestras).



de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT). Asimismo intenta expresar los encuentros y desencuentros teóricos de estas dos importantes posiciones presentes al seno del movimiento proletario internacional.

I. LA DISPUTA ENTRE BAKUNIN Y MARX:  
EL INICIO  
DEL CÁNCER DE LA HEGEMONÍA

Se ha escrito en abundancia sobre los ataques que Marx lanzó contra Bakunin durante todo el periodo de la AIT y, a guisa de ejemplo, tenemos lo referido en las *Glosas marginales...* que en la presente sede se incorporan. En ellas Marx no discute, aplasta, no trata de expresar de manera clara sus ideas, sino que intenta por todos los medios derrotar a su adversario. Así comenta de las opiniones de Bakunin: “¡Asinidad estudiantil!”, “¡Asinidad! ¡Esta verborrea democrática, ñoñería política!”, “¡ipolítico de café!”, “¡Estupidez!”, etcétera.

Sin embargo, poco se ha escrito sobre los epítetos que Bakunin lanzaba contra Marx, para discutir políticamente. En *Estatismo y Anarquía*, Bakunin espresó lo siguiente en torno a Marx:

El señor Marx es judío de origen. Reúne en sí todas las cualidades y todos los defectos de esa raza capaz. Nervioso hasta la poltronería, según algunos, es excesivamente ambicioso y vanidoso, pendenciero, intolerante y absoluto como Jehová, el Dios de sus antepasados, y, como él, vindicativo hasta la demencia. No hay mentira ni calumnia que no sea capaz de inventar y de difundir contra el que ha tenido la desgracia de suscitar en él la envidia o, lo que viene a ser lo mismo, el odio. Y no hay intriga innoble ante la cual pueda detenerse si, en su opinión, por lo demás casi siempre errónea, esa intriga puede servir para refor-

zar su posición, su influencia o para la difusión de su fuerza. En este sentido, es un político consumado.<sup>4</sup>

¿Cuál es la razón de estas diatribas esgrimidas entre uno y otro? Si se leen con detenimiento los pasajes de *Estatismo y Anarquía*, encontramos que, más allá de las disputas teóricas y prácticas que se presentan, existe la lucha frontal por el control de la AIT y del movimiento proletario en diversos países de Europa.

Por ejemplo, en su texto, Bakunin afirma lo siguiente:

Cuanto más enérgicamente rechace el proletariado eslavo, en su propia salvaguarda, no sólo toda alianza, sino también todo acercamiento a ese partido —no hablamos de los trabajadores que se encuentran en él, sino de sus organizaciones y sobre todo de sus jefes, en todas partes y siempre burgueses—, más estrechamente deberá acercarse y aliarse a la Asociación Internacional de los Trabajadores. No hay que confundir en modo alguno el partido alemán socialdemócrata con la Internacional. Desde el punto de vista político, el programa patriótico de aquél no sólo no tiene nada de común con el programa de ésta, sino que le es absolutamente contrario. Es verdad que en el congreso manipulado de La Haya los marxistas trataron de imponer su programa a toda la Internacional. Pero ese ensayo promovió de parte de Italia, de España, de una parte de Suiza, de Francia, de Bélgica, de Holanda, de Inglaterra así como de parte de los Estados Unidos de América una protesta tan grande que se hizo claro para todos que, aparte de los alemanes, nadie quería el programa alemán. No hay ciertamente duda alguna que llegará el tiempo en que el proletariado alemán mismo, más al corriente de sus propios intereses como inseparables de los intereses del proletariado de todos los demás países, y de la tendencia funesta de ese programa que le ha sido impuesto, pero que

<sup>4</sup> Bakunin, Mijaíl, *Estatismo y Anarquía*, Editorial Utopía Libertaria, Argentina, 1999, p. 168.

está lejos de haber creado, se apartará de él y se lo dejará a sus jefes y a sus *leaders* burgueses.<sup>5</sup>

Existen muchos documentos en donde Marx y Engels expresaron que el motivo de la lucha de Bakunin era imponer sus ideas en la Internacional. A continuación, una cita de un documento “clásico” del marxismo, denominado “Las pretendidas escisiones en la Internacional”:

Las denuncias de la prensa burguesa, así como las lamentaciones de la policía internacional, encontraban un eco de simpatía, incluso dentro de nuestra Asociación. En su seno se fraguaron intrigas, dirigidas en apariencia contra el Consejo General y, en realidad, contra la Asociación misma. Buscando la raíz de estas intrigas se descubre inevitablemente a la Alianza internacional de la democracia socialista, dada a luz por el ruso Miguel Bakunin. A su vuelta de Siberia, predicó en el Kólokol de Herzen, como fruto de su larga experiencia, el paneslavismo y la guerra de razas. Más tarde, durante su estancia en Suiza, fue designado para el Comité directivo de la Liga de la paz y de la libertad fundada en oposición a la Internacional. Como los asuntos de esta sociedad burguesa iban de mal en peor, su presidente el señor G. Vogt, por consejo de Bakunin, propuso una alianza al Congreso de la Internacional, reunido en Bruselas en septiembre de 1868. El Congreso declaró por unanimidad que, una de dos: o la Liga perseguía los mismos fines que la Internacional y en ese caso, no tenía razón de existir; o su objetivo era diferente y entonces la alianza era imposible. En el Congreso de la Liga, celebrado en Berna pocos días después, Bakunin efectuó su conversión. Allí propuso un programa de segunda mano, cuyo valor científico puede juzgarse por esta sola frase: «la igualación económica y social de las clases». Mantenido por una ínfima minoría, rompió con la Liga para entrar en

<sup>5</sup> Bakunin, Mijaíl, *op. cit.*, p. 168.

la Internacional. Iba decidido a sustituir los Estatutos generales de la Internacional por el programa de ocasión que la Liga le había rechazado, y el Consejo General, por su dictadura personal. Y, con estos fines y para su uso particular, creó un instrumento especial: la Alianza Internacional de la Democracia Socialista destinada a convertirse en una Internacional dentro de la Internacional.<sup>6</sup>

Cuando en la lucha social median los intereses individuales o de grupo, sólo se puede esperar como resultado que el sistema capitalista se imponga. No es la división de la izquierda en posiciones lo que provoca la derrota del movimiento, pues las diferencias permiten el debate, la discusión, la toma de posición; no es el hecho de pensar diferente, sino el de querer imponer posiciones de grupo o de una serie de grupos lo que lacera al movimiento.

A fin de cuentas, estos dos pensadores han permeado en la lucha social hasta la actualidad y, con ellos, existe toda una pléyade de revolucionarios que han contribuido en la lucha por la transformación social. Karl Korsch, por su parte, indicó lo siguiente en relación con el marxismo:

Marx es hoy uno de los muchos precursores, fundadores y perseguidores del movimiento socialista de la clase obrera. Igualmente importante son los llamados “socialistas utópicos”, desde Tomás Moro hasta nuestros días. Igualmente importantes son los grandes rivales de Marx como Blanqui o irreductibles adversarios como Proudhon y Bakunin. No menos importantes son, finalmente, desarrollos posteriores

<sup>6</sup> Marxists Internet Archive, 2003. *Las Pretendidas Escisiones en la Internacional*, Ediciones Bandera Roja, versión electrónica de las *Obras Escogidas* de Marx y Engels, Ed. Progreso, Tomo II, pp. 266-267.

tales como el revisionismo alemán, el sindicalismo francés y el bolchevismo ruso.<sup>7</sup>

## II. DIFERENCIAS Y COINCIDENCIAS ENTRE MARX Y BAKUNIN

En un intento por analizar el libro de Bakunin *Estatismo y Anarquía* y contrastarlo con las ideas de Marx esparcidas en diferentes escritos suyos, a continuación se presentan de manera resumida sus posiciones:

### 1. Sobre la revolución socialista

Para Bakunin, la revolución socialista es necesaria debido a que, por encontrarse dividida la humanidad entre explotadores y explotados —donde los primeros, por medio del Estado, exolian y sojuzgan a la mayoría de la población—, la libertad en la sociedad capitalista es imposible, por lo cual es necesario abolir el Estado. Afirma el revolucionario ruso:

Pero en la bandera socialista revolucionaria, en nuestra bandera, están inscritas, en contraposición, con letras relumbrantes y sangrientas, las palabras: Abolición de todos los Estados, destrucción de la civilización burguesa, libre organización de abajo a arriba por medio de las asociaciones libres, organización del lumpenproletariado, de toda la humanidad liberada, creación de un nuevo mundo humano (...) <sup>8</sup>

No existen ya ni finanzas ni ejército, ni justicia ni policía; no existe ni potencia estatista, ni Estado; pero queda el pueblo renovado y vigoroso abrazado, actualmente, a la

<sup>7</sup> **Korsch, Karl.** *Diez Tesis sobre el marxismo hoy.* En Escritos Políticos II, Folios Ediciones, México 1982, p. 493.

<sup>8</sup> **Bakunin, Mijaíl,** *op. cit.*, p. 231.

sola pasión socialrrevolucionaria. Bajo la dirección colectiva de la Internacional y de la Alianza de los revolucionarios socialistas, estrecha sus filas y organiza su fuerza y se prepara a crear, sobre las ruinas del Estado que se derrumba y de la sociedad burguesa, su sociedad del hombre obrero emancipado.<sup>9</sup>

La revolución para Bakunin, por tanto, tiene que ser obra de la organización de abajo hacia arriba que permita destruir el Estado para arribar a una sociedad en donde el hombre se emancipe y sea verdaderamente libre.

La revolución debe ser obra de los obreros mismos y del lumpenproletariado, es decir, de los desposeídos. En la lucha revolucionaria, la primera tarea que se plantea el proletariado es acabar con el Estado, principio y origen de las desigualdades en la sociedad burguesa. El objetivo de esta revolución será formar una sociedad libre en la cual se emancipe el hombre y permita la creación de un nuevo mundo humano.

Para cumplir con sus propósitos, esta revolución debe ser internacional:

La revolución social, por tanto, no puede ser una revolución aislada de una sola nación; es, en su esencia, una revolución internacional; así, pues, los esclavos que busquen su libertad deberían, en nombre mismo de esa libertad, unir sus aspiraciones y la organización de sus fuerzas nacionales a las aspiraciones y a la organización de las fuerzas nacionales de todos los países: el proletariado eslavo debe entrar íntegramente en la Asociación Internacional de los Trabajadores.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>10</sup> *Idem*, p. 60.

Por su parte, para Marx la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma; la revolución debe acabar con la propiedad privada sobre los medios de la producción, lo cual conllevaría a la desaparición de las clases sociales.

En cuanto al Estado, resulta necesario aclarar que, para Marx, la revolución debería acabar con su aparato, demolerlo o destruirlo. Afirma:

Pero la revolución es radical. Está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método. Hasta el 2 de diciembre de 1851 había terminado la mitad de su labor preparatoria; ahora, termina la otra mitad. Lleva primero a la perfección el poder parlamentario, para poder derrocarlo. Ahora, conseguido ya esto, lleva a perfección el poder ejecutivo, lo reduce a su más pura expresión, lo aísla, lo enfrenta con él, como único blanco contra el que debe concentrar todas sus fuerzas de destrucción. Y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará, y gritará jubilosa: ¡bien has hozado, viejo topo!<sup>11</sup>

Por eso para Marx “Ser radical es atacar el problema de raíz...”,<sup>12</sup> cuestión ésta que tiene que ver con lo siguiente:

a) Acabar con la propiedad privada sobre los medios de producción.

b) Demoler el aparato del Estado capitalista.

c) Tener como objetivo la desaparición de las clases sociales.

d) Arribar a una sociedad comunista en donde corran a chorro lleno los ríos de la riqueza colectiva y permitan

<sup>11</sup> Karl Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. En Obras Escogidas, Tomo I, Editorial. Progreso, Moscú 1973, pp. 487-488.

<sup>12</sup> Karl Marx y Federico Friedrich Engels, *La Sagrada Familia*, Grijalvo 1958, México, p. 10.

el establecimiento del siguiente principio distributivo: ¡De cada quien, según sus capacidades; a cada cual, según sus necesidades!<sup>13</sup>

e) Arribar en la primera etapa del comunismo a una nueva sociedad lo cual tiene que pasar necesariamente por la “dictadura del proletariado”.

La coincidencia sustancial entre Marx y Bakunin —como se percibe— radica en que ambos pretenden efectuar la revolución socialista *por y para el proletariado* en un proceso que transforme la sociedad y para que, con ello, se pueda también emancipar a la propia clase obrera y a las demás clases sociales. En contraparte, la diferencia fundamental entre estos dos precursores históricos del socialismo estriba en el candente problema del Estado.

## 2. Sobre la organización del proletariado

La organización del proletariado, para Bakunin, está esencialmente relacionada con los siguientes aspectos:

Así, pues, lo repetimos, el proletariado eslavo deberá, a fin de ganar su propia emancipación del yugo imperial, entrar en masa en la Internacional, deberá crear en ella secciones de fábricas, de oficios y agrícolas, unirlas en federaciones locales y, si fuera necesario, en una federación que abarcara todos los eslavos. Sobre la base de los principios de la Internacional que liberan a todos y a cada uno de la patria estatista, los trabajadores eslavos deben y pueden, sin el menor peligro para su independencia, ir fraternalmente al encuentro de los trabajadores alemanes, pues la alianza con estos últimos sobre otra base es cosa categóricamente imposible.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Karl Marx, *Crítica del programa de Gotha*, 1ª ed., Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekin, 1979, p. 20.

<sup>14</sup> Bakunin, Mijaíl, *op. cit.*, pp. 62-63.

La ruta viviente concretamente razonada es la ciencia, el camino del hecho real al pensamiento que lo abarca, que lo expresa y que, por consiguiente, lo explica; y en el mundo práctico, es el movimiento de la vida social hacia una organización lo más impregnada posible de esa vida, conforme a las indicaciones, a las condiciones, a las necesidades y a las exigencias más o menos apasionadas de esa misma vida.

Tal es la vasta ruta popular de la emancipación real y total, accesible a todos y, por consiguiente, realmente popular, ruta de la revolución social anarquista, que surge por sí misma del seno del pueblo, destruyendo todo lo que se opone al desborde generoso de la vida del pueblo a fin de crear luego, desde las profundidades mismas del alma popular, las nuevas formas de la vida social libre.<sup>15</sup>

De acuerdo con esa convicción nosotros no sólo no tenemos la intención o el menor deseo de imponer a nuestro pueblo o a cualquier otro pueblo tal o cual ideal de organización social, leído en los libros o inventado por nosotros mismos, sino que, convencidos de que las masas del pueblo llevan en sí mismas, en sus instintos más o menos desarrollados por la historia, en sus necesidades cotidianas y en sus aspiraciones conscientes o inconscientes, todos los elementos de su organización normal del porvenir, buscamos ese ideal en el seno mismo del pueblo; y como todo poder estatista, todo gobierno debe por su esencia misma y por su situación al margen del pueblo y sobre él, aspirar inevitablemente a subordinarlo a una organización y a fines que le son extraños, nos declaramos enemigos de todo poder gubernamental y estatista, enemigos de toda organización estatista en general y consideramos que el pueblo no podrá ser feliz y libre más que cuando, organizándose de abajo a arriba por medio de asociaciones independientes y absolutamente libres y al margen de toda tutela oficial, pero no al margen de las influencias diferen-

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 158.

tes e igualmente libres de hombres y de partidos, cree él mismo su propia vida.<sup>16</sup>

Para Bakunin, según se advierte, la idea de organización social de abajo arriba surge de la “vida misma” como impulso creador del pueblo, el cual no se debe someter a ningún modelo de organización preconcebido, ni tampoco debe colocarse bajo la influencia de ninguna organismo estatal, puesto que solo llevaría a cambiar un viejo yugo por otro nuevo.

La organización debe provenir de las asociaciones locales, libres e independientes de cualquier control que dimane de visiones que impidan el libre flujo de la propia vida de los obreros.

A diferencia de Marx, en los textos de Bakunin se resalta de modo contundente el combate contra toda autoridad que controle la lucha y el movimiento social e impida su libre desarrollo hacia la revolución. Por ello, para Bakunin, la asociación libre y espontánea es la base de toda igualdad.

A su vez y para Marx, la organización de la clase obrera debe pasar por su organización como clase social defendiendo sus intereses de clase y que desde su óptica tales intereses condensan el resumen de las demás clases desposeídas, lo cual las lleva a encarnar al sujeto esencial de la próxima revolución social.

La organización de la clase obrera debe conformarse a través de la forma-partido político, el cual debe aspirar a derrocar al Estado de clase burgués a fin de construir una sociedad comunista. Para lograrlo, es necesario que la clase obrera construya sobre las cenizas del Estado capitalista un nuevo Estado (un “cuasi Estado”) dispositivo proletario defensivo para detener la contrarrevolu-

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 161.

ción generada por la burguesía para retomar el poder, y, así, posibilitar el arribo a la propiedad colectiva sobre los medios de producción. De allí la necesidad del concepto de *dictadura del proletariado* lo cual implicaría el generar una organización contra las fuerzas de la burguesía e iniciar la construcción de la sociedad comunista a partir de la colectivización de los medios de producción.

Aquí radica, como vemos, la primera diferencia teórica sustancial entre Bakunin y Marx, sin considerar sus prácticas políticas de las que no nos ocuparemos aquí, debido a que este tópico particular nos llevaría a extender, más allá de sus propósitos, al presente documento.

Mientras que para Bakunin la organización debe ser libre e independiente, para Marx siempre estuvo en el centro la formación de una *organización internacional* que coordinara los diferentes esfuerzos proletarios de los diferentes países en la lucha contra el capital a partir de una serie de lineamientos políticos que permitirían a la clase obrera el tránsito desde “la clase en sí”, hasta su conformación en tanto que “clase para sí”. Para eso alentó, primero, la creación de la Liga de los Justos, un organismo que, a la postre, habría de convertirse en la Liga Comunista, para al fin llegar hasta la fundación de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

Para Marx, además, la existencia de las organizaciones de la clase obrera, simbolizaban la conquista estratégica de un peldaño más en la lucha por la emancipación de la clase obrera, por lo cual una parte importante de su vida, la dedicó a apoyar y a asesorar a diversos movimientos proletarios en Europa y América.

En contraste, para Bakunin la organización, al surgir de la propia vida de la clase obrera, no debería ser producto de un partido u organización que partiera de arri-

ba y que diera instrucciones y directrices a todas las organizaciones de la clase obrera, sino que:

...la igualdad debe establecerse en el mundo mediante la organización espontánea del trabajo y de la propiedad colectiva de las asociaciones productoras libremente organizadas... y no mediante la acción suprema y tutelar del Estado. Ese es el punto que divide principalmente a los socialistas o colectivistas revolucionarios de los comunistas autoritarios, partidarios de la iniciativa absoluta del Estado.

...Ellos afirman que solamente la dictadura —la de ellos, evidentemente— puede crear la voluntad del pueblo. Nosotros les respondemos: ninguna dictadura puede tener otro objeto que el de perpetuarse; ninguna dictadura podría engendrar y desarrollar en el pueblo que la soporta otra cosa que la esclavitud. La libertad sólo puede ser creada por la libertad.<sup>17</sup>

### 3. *El tema del Estado y la nueva sociedad*

Aun cuando el tema del Estado ha estado presente en los incisos comentados anteriormente, existen puntos de engarce entre Bakunin y Marx sobre este tema, razón por la cual, el tema del Estado ha quedado oscurecido debido al uso en Marx del término “dictadura del proletariado”. Por eso, Bakunin menciona lo siguiente en torno al Estado y a la nueva sociedad:<sup>18</sup>

(...) ningún Estado, por democráticas que sean sus formas, incluso la república política más roja, popular sólo

<sup>17</sup> Mijaíl, Bakunin, *Contra Marx. Oposición a la idea de dictadura del proletariado*. En <http://www.claseshistoria.com/movimientosociales/%2Bbakuninmarx.htm> (consultado el 11 de agosto de 2012).

<sup>18</sup> Debido al tema que se aborda en las *Glosas marginales...* de Marx al texto de Bakunin, es necesario citar de manera amplia la visión que éste tiene en *Estatismo y Anarquía*.

en el sentido mentiroso conocido con el nombre de representación del pueblo, no tendrá fuerza para dar al pueblo lo que desea, es decir la organización libre de sus propios intereses de abajo a arriba, sin ninguna injerencia, tutela o violencia de arriba, porque todo Estado, aunque sea el más republicano y el más democrático, incluso el Estado pseudo popular, inventado por el señor Marx, no representa, en su esencia, nada más que el gobierno de las masas de arriba a abajo por intermedio de la minoría intelectual, es decir de la más privilegiada, de quien se pretende que comprende y percibe mejor los intereses reales del pueblo que el pueblo mismo.<sup>19</sup>

(...) que cuanto más vasto sea el Estado, más complejo es su organismo y más lejos está del pueblo; por esa razón sus intereses se vuelven más y más adversos a los intereses de las masas del pueblo y su Estado pesa cada vez más sobre ellos como un yugo opresor; todo control sobre él por parte del pueblo se hace cada vez más imposible; la administración del Estado se aleja cada vez más de la administración por el pueblo.<sup>20</sup>

(...) Llegará el tiempo en que no habrá ya Estado (...) llegará el tiempo en que sobre las ruinas de los Estados políticos se fundará, en plena libertad y por la organización de abajo a arriba, la unión fraternal libre de las federaciones, abarcando sin ninguna distinción, como libres, los hombres de todas las lenguas y de todas las nacionalidades...<sup>21</sup>

(...) Tales son las convicciones de los revolucionarios sociales y por eso se nos llama anarquistas. Nosotros no protestamos contra esa denominación, porque somos realmente enemigos de toda autoridad, porque sabemos que el poder corrompe tanto a los que están investidos de él como a los que están obligados a sometérsele. Bajo su in-

<sup>19</sup> Bakunin, Mijaíl, *op. cit.*, p. 31.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 108 y 109.

fluencia nefasta, los unos se convierten en tiranos vanidosos y codiciosos, en explotadores de la sociedad en provecho de sus propias personas o de su clase, los otros en esclavos. Los idealistas de todo matiz, los metafísicos, los positivistas, los defensores de la hegemonía de la ciencia sobre la vida, los revolucionarios doctrinarios, todos juntos soportan con el mismo ardor, bien que con argumentos diferentes, la idea del Estado y del poder estatista, viendo en ésta y según ellos del todo lógicamente, la única salvación de la sociedad. Del todo lógicamente, porque una vez adoptado el principio fundamental de que el pensamiento precede a la vida, principio absolutamente falso, según nosotros, que la teoría precede a la práctica social, y que por consiguiente la ciencia sociológica debe ser el punto de partida para reorganizaciones y revoluciones sociales, son forzados necesariamente a concluir que, puesto que el pensamiento, la teoría, la ciencia —al menos en la hora actual— constituyen el patrimonio de un pequeño número, y como ese pequeño número debe administrar la vida social, no sólo debe estimular, sino dirigir todos los movimientos nacionales, y al día siguiente de la revolución la nueva organización de la sociedad deberá ser creada, no por medio de la libre unión de abajo a arriba de las asociaciones del pueblo, de las comunas, de los cantones, de las provincias —de acuerdo con las necesidades e instintos del pueblo—, sino exclusivamente por el poder dictatorial de esa minoría sabia que pretende expresar la voluntad del pueblo.<sup>22</sup>

(...) Es sobre la ficción de esa pretendida representación del pueblo y sobre el hecho real de la administración de las masas populares por un puñado insignificante de privilegiados, elegidos o no elegidos por las muchedumbres reunidas en las elecciones y que no saben nunca por qué y por quién votan; sobre esa pretendida expresión abs-

<sup>22</sup> *Ibidem*, pp. 161-162.

tracta que se imagina ser el pensamiento y la voluntad de todo un pueblo y de la cual el pueblo real y viviente no tiene la menor idea, sobre la que se basan igualmente la teoría estatista y la teoría de la llamada dictadura revolucionaria.

La única diferencia que existe entre la dictadura revolucionaria y el estatismo no está más que en la forma exterior. En cuanto al fondo, representan ambos el mismo principio de la administración de la mayoría por la minoría en nombre de la pretendida estupidez de la primera y de la pretendida inteligencia de la última. Son por consiguiente igualmente reaccionarias, pues el resultado de una y de otra es la afirmación directa e infalible de los privilegios políticos y económicos de la minoría dirigente y de la esclavitud política y económica de las masas del pueblo.<sup>23</sup>

(...) Está claro ahora por qué los revolucionarios doctrinarios, que tienen por misión destruir el poder y el sistema actuales a fin de crear sobre sus ruinas su propia dictadura, no han sido jamás y no serán nunca los enemigos, sino al contrario han sido y serán siempre los defensores más ardientes del Estado. No son enemigos más que del poder actual, porque quieren ponerse en su lugar; son enemigos de las instituciones políticas de hoy porque excluyen la posibilidad de su dictadura, pero son, sin embargo, los amigos más ardientes del poder estatista sin cuyo mantenimiento la revolución, que libertó definitivamente las grandes masas del pueblo, habría quitado a esa minoría pseudo revolucionaria toda esperanza de encadenarlas a un nuevo carro y de colmarlas de beneficios por sus medidas gubernamentales.

Donde existe el Estado existe inevitablemente la dominación, por consiguiente la esclavitud; el Estado sin la esclavitud —abierta o enmascarada— es imposible: es la razón por la cual somos enemigos del Estado."<sup>24</sup>

<sup>23</sup> *Ibidem*, pp. 162-163.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 209.

(...) ¿Qué significa “el proletariado elevado al rango de clase dominante”? ¿Sería el proletariado entero el que se pondrá a la cabeza del gobierno? Hay aproximadamente unos cuarenta millones de alemanes. ¿Se imagina uno a todos esos cuarenta millones miembros del gobierno? El pueblo entero gobernará y no habrá gobernados. Pero entonces no habrá gobierno, no habría Estado; mientras que si hay Estado habrá gobernados, habrá esclavos.

Este dilema se resuelve fácilmente en la teoría marxista. Entienden, por gobierno del pueblo, un gobierno de un pequeño número de representantes elegidos por el pueblo. El sufragio universal —el derecho de elección por todo el pueblo de los representantes del pueblo y de los gerentes del Estado—, tal es la última palabra de los marxistas lo mismo que de la minoría dominante, tanto más peligrosa cuanto que aparece como la expresión de la llamada voluntad del pueblo.

Así, pues, desde cualquier parte que se examine esta cuestión, se llega siempre al mismo triste resultado, al gobierno de la inmensa mayoría de las masas del pueblo por la minoría privilegiada. Pero esa minoría, nos dicen los marxistas, será compuesta de trabajadores. Sí, de antiguos trabajadores, quizá, pero que en cuanto se conviertan en gobernantes o representantes del pueblo cesarán de ser trabajadores y considerarán el mundo trabajador desde su altura estatista; no representarán ya desde entonces al pueblo, sino a sí mismos y a sus pretensiones de querer gobernar al pueblo. El que quiera dudar de ello no sabe nada de la naturaleza humana.

Pero esos elegidos serán convencidos ardientes y además socialistas científicos. Esta palabra “socialistas científicos”, que se encuentra incesantemente en las obras y discursos de los lassallianos y de los marxistas, prueban por sí mismas que el llamado Estado del pueblo no será más que una administración bastante despótica de las masas del pueblo por una aristocracia nueva y muy poco numerosa de los verdaderos y pseudosabios. El pueblo no es sabio, por tanto será enteramente eximido de las preocu-



paciones gubernamentales y será globalmente incluido en el rebaño administrado. ¡Hermosa liberación!<sup>25</sup>

(...) El punto cardinal de ese programa es la emancipación (imaginaria) del proletariado por el solo medio del Estado. Pero para eso sería preciso que el Estado quisiera convertirse en el libertador del proletariado del yugo del capital burgués. ¿Cómo hacer para llegar a inspirar tal voluntad al Estado? Únicamente dos medios pueden concurrir a ese fin. El proletariado debe realizar una revolución para conquistar el Estado, medio heroico. Según nosotros, una vez en posesión del Estado, deberá destruirlo inmediatamente, como prisión eterna de la masa laboriosa; pero según la teoría del señor Marx el pueblo no sólo no debe destruirlo, sino que, al contrario, debe afirmarlo y reforzarlo y ponerlo en ese estado en manos de sus bienhechores, padrinos y maestros, de los jefes del partido comunista, es decir, del señor Marx y de sus amigos que comenzarán entonces a libertar a su modo. Centralizarían las riendas del poder en un puño de hierro, porque el pueblo ignorante exige un tutela muy enérgica; fundarán un solo banco de Estado que concentrará en sus manos toda la producción comercial, industrial, agrícola y hasta científica y repartirán la masa del pueblo en dos ejércitos: uno industrial y otro agrícola, bajo el comando directo de los ingenieros de Estado que formarán así la nueva casta privilegiada político-científica del Estado.<sup>26</sup>

En resumen, para Bakunin, la primera tarea de toda revolución verdadera debe ser destruir el Estado e impedir cualquier intento de crear cualquier otra forma de dominación estatal que impida el libre desarrollo de la sociedad.

En Marx, por lo demás, existen diversos pasajes similares al pensamiento de Bakunin, en el sentido de des-

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 210.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 213.

truir o demoler el aparato del Estado. Al efecto y en forma ejemplar, se citan los siguientes pasajes:

Finalmente, la república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, vióse obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del poder del Gobierno. Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina, en vez de destrozarla. Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación, consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal del vencedor.<sup>27</sup>

(...) Si te fijas en el último capítulo de mi Dieciocho Brumario, verás que expongo como próxima tentativa de la revolución francesa no hacer pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, como venía sucediendo hasta ahora, sino demolerla, y ésta es justamente la condición previa de toda verdadera revolución popular en el continente...<sup>28</sup>

En relación con la nueva sociedad y en consonancia con el anterior pensamiento, Marx plantea la adicional e inevitable necesidad de un “periodo de transición hacia el comunismo”. Explica que este proceso implicaría el paso por dos etapas:

En el seno de una sociedad colectivista, basada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no cambian sus productos; el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, como valor de estos productos, como una cualidad material, poseída por ellos, pues aquí, por oposición a lo que sucede en la sociedad capitalista, los trabajos individuales no forman ya parte integrante del trabajo común mediante un rodeo, sino

<sup>27</sup> K. Marx, *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Obras Escogidas, Tomo I, Editorial. Progreso, Moscú, 1973, p. 67.

<sup>28</sup> K. Marx, *Carta a Ludwig Kugelmann del 12 de abril de 1871*, Obras Escogidas, Tomo II, Ed. Progreso, Moscú, 1973, p. 445.

directamente. La expresión “el fruto del trabajo”, ya hoy recusable por su ambigüedad, pierde así todo sentido.

De lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que se ha desarrollado sobre su propia base, sino, al contrario, de una que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede. Congruentemente con esto, en ella el productor individual obtiene de la sociedad —después de hechas las obligadas deducciones— exactamente lo que ha dado. Lo que el productor ha dado a la sociedad es su cuota individual de trabajo. Así, por ejemplo, la jornada social de trabajo se compone de la suma de las horas de trabajo individual; el tiempo individual de trabajo de cada productor por separado es la parte de la jornada social de trabajo que él aporta, su participación en ella. La sociedad le entrega un bono consignando que ha rendido tal o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común), y con este bono saca de los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo que rindió. La misma cantidad de trabajo que ha dado a la sociedad bajo una forma, la recibe de esta bajo otra distinta.

Aquí reina, evidentemente, el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuanto éste es intercambio de equivalentes. Han variado la forma y el contenido, porque bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por otra parte, ahora nada puede pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios individuales de consumo. Pero, en lo que se refiere a la distribución de estos entre los distintos productores, rige el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma distinta.

Por eso, el derecho igual sigue siendo aquí, en principio, el derecho burgués, aunque ahora el principio y la práctica ya no se tiran de los pelos, mientras que en el régimen de intercambio de mercancías, el intercambio de equivalentes no se da más que como término medio, y no en los casos individuales.

A pesar de este progreso, este derecho igual sigue llevando implícita una limitación burguesa. El derecho de los productores es proporcional al trabajo que han rendido; la igualdad, aquí, consiste en que se mide por el mismo rasero: por el trabajo.

Pero unos individuos son superiores, física e intelectualmente a otros y rinden, pues, en el mismo tiempo, más trabajo, o pueden trabajar más tiempo; y el trabajo, para servir de medida, tiene que determinarse en cuanto a duración o intensidad; de otro modo, deja de ser una medida. Este derecho igual es un derecho desigual para trabajo desigual. No reconoce ninguna distinción de clase, porque aquí cada individuo no es más que un trabajador como los demás; pero reconoce, tácitamente, como otros tantos privilegios naturales, las desiguales aptitudes individuales, y, por consiguiente, la desigual capacidad de rendimiento. En el fondo es, por tanto, como todo derecho, el derecho de la desigualdad. El derecho sólo puede consistir, por naturaleza, en la aplicación de una medida igual; pero los individuos desiguales (y no serían distintos individuos si no fuesen desiguales) sólo pueden medirse por la misma medida siempre y cuando que se les coloque bajo un mismo punto de vista y se les mire solamente en un aspecto determinado; por ejemplo, en el caso dado, sólo en cuanto obreros, y no se vea en ellos ninguna otra cosa, es decir, se prescinda de todo lo demás. Prosigamos: un obrero está casado y otro no; uno tiene más hijos que otro, etc., etc. A igual trabajo y, por consiguiente, a igual participación en el fondo social de consumo, uno obtiene de hecho más que otro, uno es más rico que otro, etc. Para evitar todos estos inconvenientes, el derecho no tendría que ser igual, sino desigual.

Pero estos defectos son inevitables en la primera fase de la sociedad comunista, tal y como brota de la sociedad capitalista después de un largo y doloroso alumbramiento. El derecho no puede ser nunca superior a la estructura económica ni al desarrollo cultural de la sociedad por ella condicionado.

En una fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!<sup>29</sup>

Durante esta primera etapa de transición al comunismo, Marx fue construyendo la idea de la dictadura del proletariado. En una carta que data de 1852, por ejemplo, Marx le escribía a Joseph Weydemeyer para sostener que:

...Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1) que la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción; 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado;

<sup>29</sup> K. Marx, Karl, *Crítica del programa de Gotha*, 1ª ed., Ediciones de Lenguas Extranjeras de Pekín 1979, pp. 17-20.

3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases...<sup>30</sup>

Y en la *Crítica al Programa de Gotha* se menciona lo siguiente, que nos importa por lo antes apuntado:

Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el periodo de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que el de la dictadura revolucionaria del proletariado.<sup>31</sup>

Existe una similitud, entonces, en la idea que Marx y Bakunin tienen del Estado burgués. Ambos plantean la necesaria demolición de ese aparato burgués. Sin embargo, la diferencia sustancial entre ellos consiste en que el segundo sostiene que una vez demolido ese Estado, es necesario que el proletariado tome el poder y se asuma como clase dominante para contener las fuerzas de la burguesía e instaurar una sociedad sin clases. Este periodo de transición es denominado por Marx "dictadura del proletariado". Para Bakunin, por el contrario, este intento de Marx implica crear un nuevo poder en el cual el partido o la organización de Marx y de los eruditos miembros del movimiento detentaría el poder y, con ello, expoliarían de nueva cuenta al proletariado.

Más allá de que se haya o no dado un cambio al socialismo en los países de Europa del Este, lo cierto es que lo que previó Bakunin efectivamente ocurrió en estos países. Se enquistó en el poder una cuadrilla de sá-

<sup>30</sup> K. Marx, *Carta Joseph Weydemeyer del 5 de marzo de 1853*, Obras Escogidas, Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1973.

<sup>31</sup> K. Marx, *Crítica del programa de Gotha*, Ediciones de Lenguas Extranjeras de Pekín 1979, p. 31.

trapas que, esquilmando a los obreros y campesinos por medio de un capitalismo monopolista de Estado (según Lenin, “la antesala al socialismo”), se convirtieron en una *nueva clase* que, como decía Bakunin, se perpetuaron en el poder político para sustituir a unos explotadores por otros.<sup>32</sup>

### III. ALGUNOS ELEMENTOS PARA LA DISCUSIÓN

Para finalizar, reproducimos a continuación algunos puntos fundamentales de la crítica de Bakunin a Marx de acuerdo con los planteamientos de un teórico del marxismo perteneciente al movimiento de los consejos, también denominado comunismo de izquierda: Karl Korsch. Este teórico del marxismo criticó de manera recurrente aspectos que han sido cuestionados por los anarquistas a los planteamientos de Marx.

En sus *Tesis de Zurich*, Korsch menciona lo siguiente:

2. Todas las tentativas de restaurar a la doctrina marxiana como un todo y en su función originaria de teoría de

<sup>32</sup> En su texto denominado *Sobre la economía actual de Rusia*, Lenin afirma lo siguiente: “...El capitalismo monopolista de Estado es la preparación material más completa para el socialismo, su antesala, un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo no hay ningún peldaño intermedio”. Y más adelante: “¿No está claro, pues, que cuanto más alto nos hayamos elevado de ese peldaño político, cuanto más hayamos plasmado en los Soviets el Estado socialista y la dictadura del proletariado, tanto menos podremos permitirnos temer el capitalismo de Estado? ¿No está claro, pues, que en el sentido material, económico, de la producción, no nos encontramos aun en la “antesala” del socialismo? ¿Y que no se puede entrar por la puerta del socialismo si no es cruzando esa ‘antesala’, que nosotros aun no hemos alcanzado?...” (Lenin, V.I., 1973, *Obras Escogidas*, Tomo XII, Editorial Progreso, p. 31).

la revolución social de la clase obrera constituyen en la actualidad utopías reaccionarias.

3. El primer paso para la reconstrucción de una teoría y de una práctica revolucionaria consiste en romper con la pretensión del marxismo de monopolizar la iniciativa revolucionaria y su dirección teórica y práctica.

4. De estas condiciones resulta:

a) La sobrestimación del estado como instrumento determinante de la revolución social.

b) La identificación mística del desarrollo de la economía capitalista con la revolución social de la clase obrera.

c) El problemático desarrollo ulterior de esta primera forma de la teoría marxiana de la revolución con el injerto artificioso de una teoría de la revolución comunista en dos fases y desarrollada en parte contra Blanqui, en parte contra Bakunin, teoría que tacha del movimiento actual la emancipación de la clase obrera, desplazándola hacia un futuro indeterminado.<sup>33</sup>

Imbuidos del mismo espíritu cuestionador, una pléyade de comunistas de izquierda como Otto Rühle, Paul Mattick y Anton Panekoeck, todos ellos marxistas, criticaron severamente las ideas de Marx en torno al partido político, a la dictadura del proletariado y al papel de la pequeño-burguesía en la lucha de la clase obrera.

Para finalizar, quisiéramos citar un lúcido pasaje de Anton Panekoeck escrito al final de su libro *Lenin Filósofo*, escrito en 1938, donde ya se esbozaba de manera clara lo que ha sido la tónica de la lucha por la transformación social. Para Panekoeck es importante comprender que:

La clase obrera no apunta de ninguna manera a reemplazar el reino de los especuladores y de los monopolizadores

<sup>33</sup> Karl Korsch, “Diez tesis sobre el marxismo hoy”, en *Escritos Políticos II*, Folios Ediciones, México, 1982, pp. 493-495.

sobre una producción desordenada por el de altos funcionarios sobre una producción regulada por arriba. Su objetivo es administrar (...) la producción y organizar ella misma el trabajo, base de la existencia. Entonces, pero sólo entonces, el capitalismo habrá sido aniquilado. Sin embargo, un objetivo semejante no puede ser alcanzado por una masa ignorante y los militantes convencidos de un partido que se presenta bajo el aspecto de una dirección especializada. Para esto es necesario que los obreros mismos, la clase entera, comprendan las condiciones, las vías y los medios de su combate, que cada uno de ellos sepa por sí mismo lo que tiene que hacer. Es necesario que los obreros mismos, colectiva e individualmente, actúen y decidan y, por tanto, se formen una opinión propia. Esa es la única manera de edificar desde abajo una verdadera organización de clase, cuya forma se parece al consejo obrero. Que los obreros estén persuadidos de tener jefes verdaderamente a la altura, ases en materia de discusión teórica, ¿para qué sirve esto? ¿No es fácil estar convencido cuando cada cual sólo conoce la literatura de su partido y sólo de él? En realidad, sólo la controversia, el choque de los argumentos, puede permitir adquirir ideas claras. No hay verdad acabada que bastaría absorber tal cual; frente a una situación nueva, no se encuentra el buen camino más que ejercitando uno mismo sus capacidades intelectuales.

Por supuesto, esto no significa que todo obrero debería juzgar sobre el valor de argumentos científicos en dominios que exigen conocimientos especializados. Esto quiere decir, en primer lugar, que todos los obreros deberían interesarse no sólo por sus condiciones de trabajo y de existencia inmediata, sino también en las grandes cuestiones sociales ligadas a la lucha de clase y a la organización, y encontrarse en situación de tomar decisiones a este respecto. Pero, en segundo lugar, esto implica un cierto nivel en la discusión y los enfrentamientos políticos. Cuando se deforman las ideas del adversario porque no se las quiere comprender o porque se es incapaz de ello, hay muchas

posibilidades de ganar ante los ojos de los militantes fieles; pero el único resultado —el que se busca en las querellas de partido— es ligar estos últimos al partido con un fanatismo acrecentado. Sin embargo, lo que cuenta para los obreros no es ver aumentar el poder de un partido cualquiera, sino la capacidad propia para tomar el poder e instaurar su dominación sobre la sociedad. Sólo a través de la discusión, sin pretender a toda costa rebajar al adversario, cuando se han comprendido los diversos puntos de vista serios a partir de las relaciones de clases y comparando los argumentos entre sí, es entonces cuando el auditorio participante en el debate podrá adquirir esa lucidez a toda prueba, de la cual la clase obrera no puede prescindir para asentar definitivamente su libertad.<sup>34</sup>

---

<sup>34</sup> Antón Panekoek, *Lenin Filósofo*, 1938, edición digital preparada por el Círculo Internacional Antibolchevique, en: [http://www.geocities.com/cica\\_web](http://www.geocities.com/cica_web) (consulta: 10 de junio de 2013).

Esta obra se terminó de componer, imprimir y encuadernar el 5 de diciembre de 2013 en los talleres de Castellanos Impresión, SA de CV, Ganaderos 149, col. Granjas Esmeralda, 09810, Iztapalapa, México, DF

La tipografía se realizó con fuente Dutch823 BT en cuerpo de 11/14, caja de 24 x 40 picas.

La edición consta de 1000 ejemplares.